









20





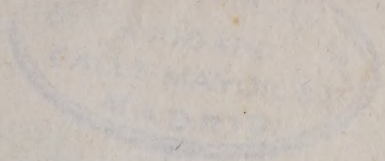


La mayor Hazienda del

Empresador Carlos V.





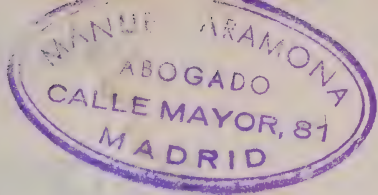


Coquetismo

RESUNCION.

72





# Coquetismo

Y

## PRESUNCION.



*Siendo esta comedia una propiedad del editor, y cuyos ejemplares van rubricados, se perseguirá con todo el rigor de la ley á cualquiera que la reimprima.*

# COQUETISMO

Y

# PRESUNCION,

COMEDIA ORIGINAL,

EN TRES ACTOS.

POR D. FRANCISCO DE FLORES Y ARENAS.

»De árbol que el suelo envenena  
Es provechoso hacer tala,  
Y arrancar la yerba mala  
Es hacer medrar la buena.»

Acto I.<sup>o</sup> Esc. V.<sup>a</sup>



MADRID :

Imprenta que fue de Garcia, calle Jacometrezo,

1831.

## PERSONAS.

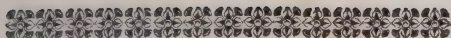
---

Doña MARIA, madre de..... SRA. VIRG.  
ADELA..... SRA. SAMANIEGO.  
INÉS, criada de doña María.. SRA. T. BAUS.  
FERMIN, fingido nombre de  
don Antonio..... SR. LUNA.  
LUIS, primo del anterior..... SR. RAM. LOPEZ.  
PEDRO, criado de don Judas. SR. JOSÉ CUBAS.  
D. JUDAS, tio de los anteriores. SR. CAMPOS.



La Escena es en Cádiz en una sala de  
la casa de doña María.





## ACTO PRIMERO.

~~~~~



### ESCENA PRIMERA.

FERMIN É INÉS.

*Fermin entrando como de la calle se quita  
el sombrero y lo deja. Inés de casa.*

FERMIN.

¿Han venido?

INÉS.

No señor.

FERMIN.

¿Y cómo sigue la tia  
de sus males?

INÉS.

Cada dia,  
señorito, está peor.

FERMIN.

Pues ya de fastidio pasa  
que por esa bagatela,  
ni tu señora ni Adela

(6)

jamás estén en su casa.

INÉS.

La señorita me dijo  
para usted que aquí la aguarde.

FERMIN.

Como ella mucho no tarde  
no será.....

INÉS.

¿De veras?

FERMIN.

Fijo,

Yo, Inés, jamás me avasallo  
á caprichos de muger ,  
y de aqueste proceder  
muy satisfecho me hallo.  
¡Qué mal de otra suerte hiciera!  
Con juventud, con caudal,  
y una figura tal cual  
¿me ha de faltar quién me quiera?  
Por fortuna hay tal enjambre  
de mugeres en el día,  
que fuera estraña manía  
el querer rendir por hambre  
á quien tanto se promete;  
así, dile me he marchado,  
pues no estoy acostumbrado  
á ser de nadie el juguete.

(7)

INÉS.

(¡Qué vanidad!) ¿Mas, señor,  
usted no la ama?

FERMIN.

¿Yo.....? Sí....

Pero aun mas me quiero á mí.

INÉS.

Mal le paga usted su amor.

La vida le costaria

un desden tan solo.

FERMIN.

Ya.

INÉS.

Pedro viene.

FERMIN.

¿Qué traerá?

INÉS.

Alguna majadería.

## ESCENA II.<sup>a</sup>

*Dichos y Pedro.*

PEDRO.

Señorito.

FERMIN.

¿Qué ha ocurrido

de nuevo?



(8)

PEDRO.

Tengo que hablarle.

INÉS.

Pues ya consigo dejarle  
con Perico, me despido,  
que han de ser mas de las dos,  
y tengo mucho que hacer  
allá dentro.

PEDRO.

A Dios muger.

FERMIN.

Inés hasta luego. A Dios.

### ESCENA III.<sup>a</sup>

*Fermin y Pedro.*

FERMIN.

¿Qué hay en suma?

PEDRO.

Que ha de haber.

Que don Luis sin avisar,  
ahora acaba de llegar.

FERMIN.

¡Mas cómo.....! (*Coge el sombrero.*)

PEDRO.

No es menester.

Ya sabe está usted aquí,

y no puede tardar nada.

FERMIN.

¿Y á qué viene esa embajada  
y aquesse misterio? ¿Dí?

PEDRO.

¿Qué sé yo? Lleve el demonio  
lo que yo entiendo este lio.

Mas como el tio no es tio,  
ni usted es ya don Antonio,  
ni aun yo mismo sé quién soy;

bien pudiera, sin querer,  
echar el primo á perder  
lo adelantado hasta hoy.

Por eso con tal secreto  
vine á avisar su venida.

FERMIN.

Primera vez en mi vida  
que te he encontrado discreto.

En fin, nadie en casa está,  
y fue vano tu temor.

¿Mas tardará?

PEDRO.

No señor.

Aquí le tiene usted ya.

( 10 )

ESCENA IV.<sup>a</sup>

*Dichos y Luis.*

LUIS.

Primo.

FERMIN.

Luis.

LUIS. *(Alto)*

Con cuanto gozo  
te miro, y con que impaciencia,  
despues de tan larga ausencia  
me tenias..... ¡Qué buen mozo!  
¡Qué galan! ¡Y qué elegante!

FERMIN.

Favores tuyos.

LUIS.

No, á fe.....

FERMIN.

Mas á otra cosa. ¿Por qué  
no avisaste al instante  
que decidiste venir?

LUIS.

Fue por la misma razon  
que en seis meses, ni un renglon  
tuyo pude recibir.  
Te escribí desde Alcalá,  
en donde asuntos tenia



de mi casa, y ya creía  
 volver pronto por acá;  
 cuando un correo, me hallo  
 con que mi padre está en cama  
 gravemente enfermo, y clama  
 por verme; monto á caballo,  
 llego á Madrid, y la suerte  
 dejó mi anhelo cumplido;  
 pues le hallé restablecido  
 cuando temia su muerte:  
 supe al volver de Castilla  
 que de París te marchaste,  
 que á Barcelona llegaste,  
 y que estabas en Sevilla.  
 Allí buscarte pensé;  
 pero pronto desespero;  
 pues nadie tu paradero  
 me dice; á Cádiz llegué  
 por dicha supe de tí,  
 y como yo he visitado  
 esta casa, sin cuidado,  
 á abrazarte vine aquí.

FERMIN.

Pues la echabas á perder  
 de medio á medio.

LUIS.

¡Yo!

( 12 )

FERMIN.

Cierto.

LUIS.

Hombre me has dejado muerto.

FERMIN.

Oye, que vas á saber  
la historia de aqueste enredo.

LUIS.

Que me ha de agradar confio.

FERMIN.

Ve Pedro, busca á mi tio  
y avisale.

PEDRO.

En todo quedo. (*Vase.*)

ESCENA V.<sup>a</sup>

*Luis y Fermin. (se sientan.)*

LUIS.

¿Y bien?

FERMIN.

Estraño quizá  
puede haberte parecido  
el verme aquí introducido  
como me ves, y será  
mas grande tu admiracion  
cuando sepas lo que pasa,

pues ignoran en la casa  
 mi nombre y mi condicion.  
 Sabes que doña María  
 trató con mi parentela  
 enlazarme con Adela,  
 á quien yo no conocia:  
 viéndome solicitado,  
 á sus ruegos me abandono,  
 que es de gentes de gran tono  
 boda por razon de estado.  
 La grande fama de bella  
 que mi futura tenia,  
 despertó en mi la manía  
 de verla, sin que ni ella  
 ni nadie en Cádiz supiese  
 quien era yo, su hermosura  
 rendir, y que esta aventura  
 un nuevo lauro me diese.  
 Llegué en hora peregrina,  
 pues apenas dejo el coche  
 supe como aquella noche  
 iba al Moises mi heroina;  
 y para gobierno mio,  
 su palco aprendí tambien.

LUIS.

Bravísima entrada. ¿Y quién  
 tanto te dijo?

FERMIN.

Mi tío.

LUIS.

Es verdad; sigue adelante.

FERMIN.

Ya estaba alzado el telon  
 cuando llegué, y la atencion  
 llamo de tanta elegante  
 que me mira, y me importuna.  
 Yo, con aire de conquista,  
 paso por todas la vista;  
 mas sin fijarme en ninguna.  
 Me siento, y á los actores  
 miro con faz desdeñosa,  
 como quien dice: no es cosa,  
 yo los he oido mejores:  
 vuelvo la espalda á la escena  
 fingiendo estar abúrrido,  
 mientras juego distraido  
 con los sellos y cadena.  
 Pongo el guante, limpio el lente,  
 doy una mano al cabello,  
 arreglo corbata y cuello,  
 y á mi Adela ya impaciente  
 con lánguidos ojos miro;  
 se sonrie, y de mi amada  
 pago una dulce mirada

con un amante suspiro.

Ufana al ver que ha dejado

á sus rivales burladas,

con un millon de monadas

me muestra que soy amado.

Habla en tanto el anteojo,

señas hago, amor las guia,

y ¡qué dicha! ya era mia

en el paso del mar Rojo.

LUIS.

¡Jesus, qué admirable paso!

FERMIN.

De mi ventura seguro

todos los medios apuro

para conseguirla, el caso

cuento por menor al tio,

le digo cual es mi objeto,

exigiéndole el secreto

que á su discrecion confio,

y por tal conducto, en fin,

consigo hacerle visita

y enamorar á Adelita

bajo el nombre de Fermin.

LUIS.

Con que al cabo, en ese abismo  
caiste ya.



FERMIN.

No señor,

que amar y hacer el amor  
no quieren decir lo mismo.  
Sabes que toda mi vida  
pensé, como pienso ahora,  
que el que á una muger adora  
de lo que vale se olvida.  
Ni aprecio, ni apreciar quiero  
á ese sexo fementido,  
con el fuerte, envilecido,  
con el débil, altanero:  
aman á quien las desprecia,  
desprecian al mas amante,  
la que algo sabe, es pedante,  
y es insufrible la necia:  
nadie jamas las escede  
en perversidad y engaño,  
pues la que no te hace daño  
es porque hacerlo no puede.  
Te juran amor sin fin,  
y esto lo prometen todas,  
mas dura como las modas  
hasta el nuevo figurin;  
pues en el instante mismo  
que hallan quien las haga un gesto  
coges el fruto bien presto

de su innato coquetismo.

Dí si con tal opinion  
será facil que las quiera.

LUIS.

Es cierto; mas bueno fuera  
hacer una distincion.

Nadie como yo en el mundo  
ódia á la inmoral coqueta,  
mas nadie tanto respeta  
á un sexo amable en quien fundo  
mi felicidad futura,  
así despliego mi saña

contra la que el brillo empaña  
del pudor y la hermosura.

De árbol que el suelo envenena  
es provechoso hacer tala,  
y arrancar la yerba mala  
es hacer medrar la buena.

No á todas tú errado celo  
las juzgue por un igual,  
que quien de ellas habla mal  
es como el que escupe al cielo.

Así te juzgo engañado  
en lo que de amor infieres;  
que hay mugeres de mugeres.

FERMIN.

Cosas del siglo pasado.

( 18 )

LUIS.

Como tu gustes. ¿Mas di?

¿A tu razon no le choca  
amor tan pronto y tan poca  
reserva en la niña?

FERMIN.

Sí.

Pero á veces un capricho  
en cariño se convierte;  
y quizás Adela.....

LUIS.

Advierte

que no há un instante, me has dicho,  
lo falaz y lo engañoso  
que es el afecto en muger.

FERMIN.

Mas eso se ha de entender  
cuando da con un baboso.

Cuide el hombre no resbale,  
que va á dar en un abismo:  
dese gran tono á sí mismo  
y pondere lo que vale;  
y aunque él no prometa boda,  
ni en su conducta sea puro  
puede contar por seguro  
con verse un dia de moda.  
Ni desdenes, ni tibieza

verá en la niña mimada,  
 ni se armará la taímada  
 de femenil sutileza:  
 á la de mas alta esfera  
 mas la desaire y humille,  
 que no haya miedo que chille  
 ni su amor propio se hiera;  
 antes bien su orgullo necio  
 se vuelve en humilde ardor,  
 y lo que no pudo amor  
 siempre lo puede el desprecio.  
 Aquesta, Luis, es mi escuela,  
 y en tanto como he corrido,  
 ninguna me ha resistido.

LUIS.

Dichoso tú. ¿Pero Adela  
 nunca llegó á sospechar  
 quién eras?

FERMIN.

Ni por asomo.

LUIS.

Pues es extraño.

FERMIN.

¿Mas cómo

lo pudiera averiguar?

Dos meses no se han cumplido  
 desde que á España volví,

:

y así en Sevilla y aquí  
 soy de pocos conocido:  
 y tío, con fundamento  
 juzgo que lo ha de callar,  
 pues que jamas sabe hablar  
 sino de la mar y el viento.

LUIS.

¿Con qué sigue en su manía?

FERMIN.

Pero con tal aficion

que su perenne mansion  
 es la torre de Vigía:  
 decide en tono maestro  
 de buques y temporales,  
 y sabe el plan de señales  
 lo mismo que el padre nuestro.

La muralla es su paseo,  
 el Ciscar es su alcoran,  
 su testo don Jorge Juan,  
 y Tofiño su recreo,  
 el anteojo es su pasion,  
 y en aquesa lengua insana  
 llama porta á la ventana,  
 y á la puerta, el portalon.  
 Para él cualquier lienzo es vela,  
 es camarote la alcoba,  
 y en fin, son pages de escoba



los chicos de la candela.

De modo que aunque pregunto  
no entiendo su algaravia.

LUIS.

Te compadezco á fe mia.

Mas, volvamos á tu asunto.

¿Dime? ¿La buena viuda  
cómo piensa?

FERMIN.

No se esplica;

mas querrá casar la chica.

¿Puede en eso caber duda?

LUIS.

Pero el compromiso.....

FERMIN.

Bravo,

cuando un novio se presenta  
madre hay que ajusta la cuenta  
al hombre, hasta de un ochavo,  
y el que mas tiene, se queda  
por ley de mejor postor,  
que hay pujas en el amor  
como si fuese almoneda.

Los compromisos son grillos  
que ligan en sus deberes  
al hombre; mas las mugeres  
no reparan en pelillos.

( 22 )

LUIS.

¿Y piensas casarte presto?

FERMIN.

No lo sé.

LUIS.

¿Pues cómo así?

FERMIN.

Antes que viniese aquí  
ya todo estaba dispuesto:  
documentos y retrato  
tiene en su poder el tío  
hace ya tiempo, aunque fío  
que lo ignoran; así trato  
de dar largas con cautela  
al dichoso casamiento,  
pues este descubrimiento  
cosa ha de ser de novela.  
Mas aquí para los dos.  
Por lo que me has indicado,  
de que estás enamorado  
tengo sospecha, y por Dios  
que en tu genio lo estrañara.

LUIS.

Pues es cierto.

FERMIN.

¡Estás en tí!

¿Y eres hombre?

( 23 )

LUIS.

Creo que sí.

FERMIN.

¿Y amas?

LUIS.

La cosa no es rara.

FERMIN.

Por llegarla á conocer  
diera un dedo sin reparo.

LUIS.

Lo que es yo, á precio tan caro,  
ni á Venus quisiera ver.

Mas, con menos te prometo  
que ese empeño has de lograr;  
pues el venirla á esperar  
es de mi viage el objeto.

FERMIN.

¿Con qué será prima mia?

LUIS.

Así parece.

FERMIN.

¿Qué horror!

¿Te casas? ¿y con amor?

¡Jesus, y qué ganseria!

LUIS.

¿Qué dices!

FERMIN.

¿No ves, Luis,  
que ya estás á vulgo oliendo?  
¡Cuánta falta te está haciendo  
un bañito de París!

LUIS.

¿Estás loco?

FERMIN.

Bueno fuera.

LUIS.

¡Qué! ¿Es vergüenza enamorarse?

FERMIN.

No sé; mas si lo es casarse  
como se casa un cualquiera.

LUIS.

Pues al contrario, yo infiero  
que en amor no hay preferencia,

FERMIN.

¿Y entónces qué diferencia  
hay de tí á tu zapatero?

LUIS.

¡Qué aqueso á decir te atrevas!  
su amor mi dicha asegura.

FERMIN.

Si en amor buscas ventura  
valiente chasco te llevas.  
Busca orgullo, veleidades,

manías é impertinencia,  
y armate bien de paciencia  
para escuchar necedades;  
busca insensatez, capricho,  
busca vanidad sin seso,  
busca en fin muger, y en eso  
cuenta que todo está dicho.

LUIS.

¡Qué exagerada manía!

FERMIN.

Luis, la constancia amorosa,  
aunque suena á grande cosa,  
solo es palabra vacía;  
y yo, entre tanta muger,  
constante no hallé ninguna.

LUIS.

Culpa á tu propia fortuna  
si no supiste escoger.

FERMIN.

Mas si en mi vida tal ví  
¿cómo quieres que lo crea?

LUIS.

Como crees que hay Guinea  
y nunca estuviste allí. (Llaman.)

FERMIN.

En eso no convenimos.



( 26 )

LUIS.

Calla, que llegan por fin.

FERMIN.

No olvides que soy Fermin,  
y que ya no somos primos.

## ESCENA VI.<sup>a</sup>

*Dichos, doña María y Adela.*

FERMIN.

Señoras, tengo el honor.....

DOÑA MARÍA.

Ferminito, cuanto siento  
que usted..... ¡Mas cómo! ¡Luis!  
¡Por mi casa tanto bueno!  
¿cuándo ha sido la llegada?

LUIS.

No há una hora, y el deseo  
que de ponerme á sus pies  
tenia, me trajo luego  
aquí, en donde por mi dicha,  
de Fermin tuve el encuentro.

ADELA.

¿Qué, usted conoce al señor?

LUIS.

Sí, Adelita, hace ya tiempo.

(27)

FERMIN.

Desde antes de mis viages.

LUIS.

Así es.

FERMIN.

¿Y qué tenemos

de males?

LUIS.

¿Pues qué, señora,

hay en casa algun enfermo?

DOÑA MARÍA.

En casa nó; mas mi tia

Paulita se está muriendo

de revolucion de humores

con vómitos y despeños,

y aunque toma quina, á sacos,

no puede el doctor con ellos.

LUIS.

Será ya muger de edad.

DOÑA MARÍA.

Mas no como para eso.

¿Pero usted no la conoce?

Hombre sí.

LUIS.

Pues no me acuerdo.

DOÑA MARÍA.

Sí, sí tal.

(28)

LUIS.

Como usted gusto.

DOÑA MARÍA.

Es mucha pena por cierto.

ADELA.

¡Ay Jesus! mi pobre tia..... (*Llora.*)

FERMIN.

¡Qué usted llora!

LUIS.

Y es muy bello

ese llanto, que demuestra  
un corazon noble y tierno;  
mas no se anticipe usted  
á sí misma el sentimiento,  
que aunque deba presumirse  
aun no existe como cierto.

FERMIN.

Tiene razon, ¿A qué vienen  
esas lágrimas?

DOÑA MARÍA.

Luis, tiemblo  
de cualquier cosa que ocurre  
por mi hija. Es mucho cuento;  
porque como es tan sensible  
y como tiene esos nervios,  
con solo ver un raton,  
con oir hablar de muertos,

con que un mosquito la pique,  
ó cosa así, en el momento  
empieza á hacer mil visages,  
contorsiones y aspavientos;  
de modo que es menester  
darle eter y hacerle fresco,  
sin otras veces, que es fuerza  
aplicarle mas remedios.

LUIS.

¿Y le hacen efecto?

DOÑA MARÍA.

Sí.

LUIS.

Al cabo siempre es consuelo.

DOÑA MARÍA.

Todo en fin está ya dicho,  
con que sepan que tenemos  
tres ó cuatro convulsiones  
el dia que matan perros.

ADELA.

Es mucha pension.

LUIS.

Sí, mucha.

DOÑA MARÍA.

No tiene un instante bueno.

FERMIN.

¡Oh! Para esto de sensibles .

las francesas. En Burdeos  
me sucedió una aventura  
que prueba á cuantos escesos  
su imaginacion ardiente  
las arrastra. Este es el hecho.  
Estaba yo cierto día  
vistiéndome en mi aposento  
cuando me pasan recado  
de que uno con gran secreto  
me buscaba, le hago entrar,  
y sorprendido me quedo  
viendo en el tal, un criado  
de librea y muy bien puesto.  
Le pregunto que me quiere,  
y él, despues de cien misterios,  
una carta me entregó  
y se fué. La abro, la leo;  
mas ¡cuál fue mi admiracion!  
al encontrar que el sugeto  
que escribia, era una dama  
del gran tono en aquel pueblo,  
hija de padres muy nobles  
y muy ricos; por supuesto  
gentes de coches, landó,  
gran mesa, tertulia y juego,  
en fin soberbio partido.  
Y que á mas de todo eso,

era muy bella y tenia  
pelo rubio, hermoso cuerpo,  
tocaba el arpa, el piano,  
otra porcion de instrumentos,  
bailaba con mucha gracia,  
(el rigodon por supuesto),  
y todo por este estilo.

Mas lo estraño del suceso  
es que solo la habia visto  
dos veces en el paseo;  
sí noté me habia mirado,  
pero nunca hice alto en ello.

En fin, su esquila decia  
que la causa de este yerro  
era haberse enamorado  
de mí, que creyó primero  
poder domar su pasion;  
mas que ya el único medio  
era, ó mi correspondencia  
ó la muerte. En tal estremo  
le contesté que mirase  
por sí misma, que el afecto  
no se manda, y la pedia  
renunciase á su proyecto.

Luis.

¡Qué crueldad!



FERMIN.

Luis, yo á nadie  
solo por lástima quiero.  
Mas escucha el fin del lance.

ADELA.

¡Podrá darse hombre mas necio! (*Ap.*)

FERMIN.

Al cabo de algunos dias  
supe que del sentimiento  
estaba enferma y muy grave;  
por mas que hicieron remedios,  
por mas que de Mompeller  
cuatro doctores trajeron;  
en fin, por mas que gastaron  
al cabo de mes y medio  
murió la pobre.

LUIS.

¡Murió!

DOÑA MARÍA.

¡Hombre!

ADELA.

¿Mas cómo?

FERMIN.

Muriendo.

ADELA.

Mire usted no fuera engaño.

FERMIN.

Si yo mismo ví el entierro.

LUIS.

Dígote Fermin, que en Francia  
tienen un modo estupendo  
de qucrer.

FERMIN.

En todo el norte  
suelen morirse de celos  
ó de amor, con la frecuencia  
que por acá morir vemos  
todos los días de asma,  
calentura, ó mal de pecho.  
Allí una muger se ahorca  
ó se atraca de veneno  
con la frescura del mundo  
por lo que aquí importa un bledo.  
¿Cada día no nos cuentan  
los papeles estrangeros  
cien mil tragedias de amor?  
¿Por ventura no sabemos  
que en el Tamesis y el Sena  
se encuentran cada momento  
cadáveres á montones,  
víctimas de su despecho?

ADELA.

Ay Fermin, no siga usted

que me da horror.

LUIS.

Es muy cierto.

Ya que por dicha de España  
aun en moda no se ha puesto  
ahogarse en el Guadalete;  
y ya que gracias al cielo,  
suele ser nuestro amor mas  
y nuestra aparienciá menos;  
no recuerdes infortunios  
que á todo corazon tierno  
deben contristar.

FERMIN.

Pues sea,  
y de otra aventura hablemos.  
Cuando yo estuve en Moscow.....

LUIS.

¡Jesus María, y qué lejos!

FERMIN.

Hombre calla.

### ESCENA VII.<sup>a</sup>

*Dichos y don Judas.*

D. JUDAS.

Buenos dias  
señoras.

( 35 )

FERMIN.

Se acabó el cuento.

D. JUDAS.

Luis. (*Se abrazan.*)

LUIS.

Tío.

D. JUDAS.

Dame un abrazo.

LUIS.

Si señor, aunque sean ciento.

D. JUDAS.

¡Válgame Dios, mi Luis,

que gordo estás, y que bueno!

A Dios señor don Fermin.

FERMIN.

Don Judas, servidor vuestro.

LUIS.

¿Quién avisó á usted?

D. JUDAS.

Perico,

casualmente llegó á tiempo  
que estaba parado enfrente  
del pabellon de ingenieros  
viendo ese buque que entra  
de la Habana.

FERMIN.

(*Estamos frescos.*) (*Aparte.*)

:

DOÑA MARÍA.

¿Ese barco....?

D. JUDAS.

Buenos pies,

fino, limpio de aparejo;  
¿pero y qué? Si tiene guinda  
para un navío lo menos  
de ochenta y cuatro.

FERMIN.

(Ya escampa, (*Aparte.*)  
nos cayó de medio á medio  
la lotería).

DOÑA MARÍA.

Don Judas, si á mí no me importa eso.

D. JUDAS.

Es que creí.....

DOÑA MARÍA.

Mal creído.

Lo que yo saber deseo  
es sí trae correspondencia.

D. JUDAS.

Si señora.

DOÑA MARÍA.

Porque espero  
cartas. ¿Y cómo se llama?

D. JUDAS.

El bergantin Fariseo.

( 37 )

DOÑA MARÍA.

¡Jesus, que nombre tan raro!

D. JUDAS.

Como otro, ni mas ni menos.

Pues señor como decia,  
en el instante en que Pedro  
se puso á la voz, y supe  
de tu llegada el suceso,  
viré al punto por redondo,  
y largando el aparejo  
atraqué el vote á esta casa  
donde por dicha te veo.

DOÑA MARÍA.

¿Pero por qué habla usted siempre  
de modo que nos quedemos  
en ayunas?

D. JUDAS.

¿Yo señora?

¿Pues acaso es esto griego?

ADELA.

¿No lo ha de ser? Si señor;  
vea usted yo que me marea  
de ir al muelle, y del marisco  
ni aun sufrir el olor puedo.

D. JUDAS.

Pues muchas conozco yo  
de estómago tan diverso,



que en vez de agua de colonia  
se echan brea en el pañuelo.

ADELA.

¡Ave María!

DON JUDAS.

Lo dicho.

¿Mas dime Luis, del Puerto  
cuándo saliste?

LUIS.

A las doce.

D. JUDAS.

¿Y por mar?

LUIS.

Por mar.

D. JUDAS.

Mal hecho,  
que hoy es el viage muy largo.

LUIS.

Una hora.

D. JUDAS.

¡Hombre estás lelo!  
Pues si es sur cuarta al sudoeste.

FERMIN.

¿Mas él que entiende de vientos?

LUIS.

Asi es.

D. JUDAS.

¿Y en qué demonios

has empleado tu tiempo?

¡Vaya que hoy día en España  
no hay estudios de provecho!Y mucha universidad,  
mucho latin, mucho griego,  
muchísimas tonterías,  
y salen de sus colegios  
los jóvenes muy ufanos,  
sin saber. ¡Qué! ni por pienso,  
mandar una maniobra,  
ni arreglar un aparejo;  
en fin, nada de sustancia.Y porque vean no miento,  
sepan que no há mucho en Cádiz,  
tuvo valor un sugeto  
de ignorar que era Relinga.

LUIS.

Y se quedaria tan fresco.

DOÑA MARÍA.

Cállese por Dios, don Judas,  
que estoy hasta los cabellos  
de la mar, de los navíos,  
y de oír lo que no entiendo.

D. JUDAS.

Pues doblemos esa oja.

¿Mas Adelita, qué es eso?

¿Está usted triste? ¿qué ocurre?

ADELA.

Para mí, nada de bueno.

D. JUDAS.

Me parece que esos ojos.....

LUIS.

Diga usted mas bien luceros,  
que aunque hoy los nuble el dolor,  
no son así menos bellos.

ADELA.

Aunque la juzgo lisonja,  
siendo suya la agradezco.

D. JUDAS.

¿Pero por qué don Fermin  
está tan á sotavento  
de la niña? ¿Hay temporal?

FERMIN.

Mal humor.

D. JUDAS.

Entonces presto  
sube el barómetro.

FERMIN.

No,

como á nadie le intereso  
nadie busca el complacerme,  
mas ello dirá.

ADELA.

(¡Qué necio!) (*Aparte.*)

D. JUDAS.

¡Ay qué cabeza la mía!

Es verdad: ahora me acuerdo  
de que la pobre Paulita  
se está yendo á pique. Y esto  
que acabo de preguntarle  
á su sobrino don Pedro.

DOÑA MARÍA.

¿Y cómo sigue?

D. JUDAS.

Muy mal,

por las noticias que tengo  
ya tiene el práctico á bordo.

Doña María, me temo  
que tire pieza de leva  
esta tarde misma.

ADELA.

Y eso  
será malo. ¿No es verdad?

D. JUDAS.

¿Pues cómo puede ser bueno?

ADELA.

Es mucha pena.

D. JUDAS.

Si tal,

pero es ya casco muy viejo.  
 El año de ochenta y dos  
 la obsequiaba, un tal don Diego  
 que se ahogó en una flotante,  
 y á los dos años de esto  
 se casó con su marido,  
 el difunto don Tadeo  
 de Berrigori y Arratia,  
 que navegó mucho tiempo  
 en la nao de Acapulco.  
 Era excelente sugeto,  
 y como buen vizcaino  
 testarudo y marincero.

DOÑA MARÍA.

Así lo dicen, mas yo  
 casi nada de él me acuerdo.

D. JUDAS.

¡Cómo! ¿No recuerda usted  
 (poco sonado fue el cuento)  
 cuando varó en la Milagros  
 yendo de aquí á Puerto Belo?

DOÑA MARÍA.

No señor.

D. JUDAS.

Todas las noches  
 jugábamos á los cientos  
 en casa de un don Hilario,

maestre de la Consuelos,  
 que vivia, y por mas señas  
 que allí murió, bien me acuerdo,  
 medio cable de mi casa;  
 aquí en la calle del Puerto  
 en la acera de babor  
 como quien va ácia paseo;  
 y él tambien....

FERMIN.

¿Pero es posible  
 que al mismo tema volvemos  
 treinta mil veces? Don Judas  
 hable usted por Dios le ruego  
 de otra cosa.

D. JUDAS.

¿Cómo qué?

FERMIN.

De noticias por ejemplo.

D. JUDAS.

¿Pues hombre, yo de qué hablo?

FERMIN.

No es eso lo que yo quiero.

¿Qué nos cuentan las gacetas?

¿Los papeles estrangeros

que opinan? ¿Qué hay de los turcos?

D. JUDAS.

Yo hace dias que no leo



sino el parte de la torre,  
y como allí no habla de eso  
vengo solo á sacar de él,  
si hay calmazo ó viento fresco,

DOÑA MARÍA.

Y ¿usted ha viajado mucho?

D. JUDAS.

Así, así. Por ejemplo,  
no he estado en Lima, ni en Cuba,  
ni en Veracruz, ni tan lejos,  
porque nunca se ofreció;  
pero he ido á Rota y al Puerto  
y á la Carraca mil veces,  
con levante y con mal tiempo,  
que yo en esto de la mar  
nunca, nunca tuve miedo.

LUIS.

(El tio es original). (*Aparte.*)

D. JUDAS.

¡Mas cómo se pasa el tiempo!  
las tres ya! ¿Vámonos? (*Mirando el relox.*)

LUIS.

Vamos.

D. JUDAS.

Sí, que ya es hora que levemos  
el ancla. (*Se levantan.*)

(45)

DOÑA MARÍA.

Si ustedes gustan.....

D. JUDAS.

Por mi parte lo agradezco.

LUIS.

Nosotros tambien.

FERMIN (*á Adela á media voz.*)

Adela,

sepa usted que no estoy hecho  
á esperar á nadie.

ADELA.

¿Y cómo  
pude yo remediar eso?

D. JUDAS.

Vamos Fermin.

FERMIN.

Si señor.

LUIS.

(Demos principio al enredo). (*Ap.*)  
Quisiera hablar con usted. (*A Adela.*)  
¿Será esta tarde buen tiempo?

ADELA.

Juzgo que sí. (*A Luis.*)

D. JUDAS.

Hasta la noche.

FERMIN.

Señoras.....

LUIS.

A los pies vuestros.

DOÑA MARÍA.

Luisito que usted descanse.

A Dios Fermin.

ADELA.

Hasta luego.

### ESCENA VIII.<sup>a</sup>

*Doña María y Adela.*

DOÑA MARÍA.

¡Qué formal es este Luis!

¡Qué juicio! ¡Qué buen talento!

ADELA.

Si señora, cada día  
es mas amable.

DOÑA MARÍA.

¡Y qué bello

corazon! ¡y qué caudal!

¡Qué mayorazgo tan bueno!

Vaya, cualquier madre en Cádiz

le tomará para yerno

á dos manos.

ADELA.

Ya se vé.

## DOÑA MARÍA.

Y como hoy dia está el tiempo  
que con tantos camastrones  
no hay novios para un remedio.  
En fin, tú ya estás segura  
de casarte, y sea luego  
lo que Dios quiera. El asunto  
hecho está; pero confieso  
que tengo tan poca fe  
aun en las cosas que veo  
y toco, que no es posible  
confie en gentes de lejos.  
Él podrá ser buen muchacho.  
Podrá ser rico; mas esto  
de no ver yo lo que tiene  
es un gran desasosiego.  
Y despues como en mi vida  
he estado por tierra adentro,  
solo sé contar talegas,  
no aranzadas ni viñedos.  
¿Ni qué puedo entender yo  
del cortijo, del apero,  
del olivar, de las reses,  
y otras mil cosas? ¿Y luego  
quién resiste con paciencia  
á su lado un llanto eterno?  
Lloran, cuando llueve mucho.

Lloran si está el tiempo seco,  
 y se quejan del gorgojo,  
 y se lastiman del muerino.  
 Además, entre estas gentes,  
 se está siempre con el credo,  
 como dicen, en la boca;  
 pues cuando se espera menos  
 el granizo ó la langosta  
 le dejan al novio en cueros.

ADELA.

Es verdad, mamá, y despues  
 que aun ignoramos su genio,  
 ni cómo piensa, si es hábil,  
 si es tonto, bonito ó feo.  
 En fin, estamos á ciegas  
 todavia.

DOÑA MARÍA.

Pues por eso  
 quisiera yo que si acaso  
 se presentase un sugeto  
 que nos tuviese mas cuenta.....  
 Es decir, que fuera bueno  
 dejar que ruede la bola  
 mas, sin descubrir el cuerpo.  
 Ya ves tú. ¿Yo qué interés  
 pudiera tener en ello  
 sino tu felicidad?

¡Con qué gusto, por ejemplo,  
viera yo á tu lado un joven  
como Luis! ¿y qué sabemos?  
él es hombre, y es seguro  
que los novios se hacen de ellos.

ADELA.

Mas tal vez no piensa en mí.

DOÑA MARIA.

Podrá ser: pero yo tengo  
acá mi sospecha, y juzgo  
que acaso no está muy lejos  
de caer. En todo trance  
y á mal dar, siempre tenemos  
el recurso del de allá,  
que aunque sea un majadero  
al fin se casa.

ADELA.

Seguro.

DOÑA MARIA.

Ese es el item del pleito,  
Fermin creí yo algun dia  
que valiera para yerno;  
pero es tan vano el muchacho,  
tan presumido en extremo,  
que á falta de otro mejor  
solamente fuera bueno.

ADELA.

Si señora, es muypreciado  
de sí mismo.

DOÑA MARIA.

Pues, volviendo  
á Luis, sabes que fuera  
un brillante casamiento  
para cualquiera muchacha.  
Su casa es de caballeros,  
de sangre azul, es maestrante,  
y por el lado materno  
tiene una vara en Osuna.  
Mas no pretendo por esto  
que el ser noble sea lo mas,  
y el ser rico sea lo menos,  
antes bien, para escoger,  
á lo segundo me atengo,  
que ni nadie aplaca el hambre  
con lo que comió su abuelo,  
ni nunca una ejecutoria  
dió caldo á ningun puchero.

ADELA.

Pero aquí hay de todo.

DOÑA MARIA.

Sí,

en eso mismo convengo;  
él tiene sus posesiones,



y aunque hoy, con los malos tiempos,  
anda el oro por las nubes  
y la gente por los suelos,  
su caudal está muy sano,  
ni hay deudas, ni tiene pleitos,  
ni goteras en sus casas,  
ni ha tomado un real á premio;  
paga sus contribuciones  
y satisface los censos,  
y despues.....

ADELA.

¿Pero mamá,  
de dónde sabe usted eso?

DOÑA MARIA.

Toma, de que lo pregunto.

ADELA.

¿Mas señora, y con qué objeto?

DOÑA MARIA.

Con varios. Primeramente,

por el gusto de saberlo,  
que en ser curiosa, no hago  
mas que demostrar mi sexo:  
y despues porque interesa  
conocer bien el terreno  
que se pisa, y esto siempre  
hace mucho al caso. Tengo  
una hija: los partidos

ni son muchos, ni son buenos:  
 hay maulas en abundancia,  
 hay muchísimo embustero,  
 y no es un moco de pavo  
 el casarse. Este es el cuento.  
 Porque hay mucha diferencia  
 de andar, como dice el pueblo,  
 siempre á la cuarta pregunta;  
 á gastar lujo, aderezos,  
 palco, trages, figurines,  
 en fin, á tener dinero,  
 que es quien hace el caldo gordo,  
 y es moda de todo tiempo.  
 Aquesto es lo que interesa,  
 y de figura no hablemos,  
 porque hija, el no tener,  
 al mismo Apolo hace feo.

## ESCENA IX.<sup>a</sup>

*Dichas é Inés.*

INÉS.

Señoras, si ustedes gustan.

Ya está la sopa.

DOÑA MARIA.

Me alegro;  
 porque con la enfermedad.

llevo una vida de perros:  
vean ustedes, hoy es martes  
y aun no he empezado el correo.

ADELA.

Cualquiera que á usted la oyese  
juzgara, con fundamento,  
que era acaso algun ministro.

DOÑA MARIA.

Pues son cuatro letras; pero  
como tengo ya mal pulso,  
hago letrones tan feos,  
que en entender lo que escribo  
se me va lo mas del tiempo.  
Ya hasta despues de la siesta  
¿quién ha de escribir? Por eso  
me llamarás hoy temprano.  
¿Entiendes, Inés?

INÉS.

Entiendo.

DOÑA MARIA.

Vamos, niña. (*Vase.*)

## ESCENA X.<sup>a</sup>

*Adela é Inés.*

ADELA.

Oye. Despues

tengo que hablarte en secreto  
sobre un asunto.

INÉS.

¿Hay acaso  
en campaña moro nuevo?

ADELA.

Juzgo que sí.

INÉS.

¿Pues, y el otro?

ADELA.

Para todo hay su remedio  
en este mundo. A la tarde  
te instruiré de mi proyecto,  
y contando con tu auxilio,  
grandes cosas me prometo.

INÉS.

Cuenta usted conmigo siempre,  
que soy criada, y con esto  
digo todo.

ADELA.

Está entendido.

¿Vamos?

(Vase.)

INÉS.

Vamos. (¡Cuánto enredo!)  
(No sé quienes son peores,  
si son ellas ó son ellos.)



## ACTO SEGUNDO.



### ESCENA PRIMERA.

*Adela é Inés.*

ADELA.

¡Inés, aun duerme mamá?

INÉS.

Señorita, la he llamado  
pero no se ha levantado,

ADELA.

Pues entonces tardará  
en venir. Sabes que hoy tiene  
correo, que en ella es obra,  
y así habrá tiempo de sobra  
para hablar lo que conviene.  
En fin, con ansia deseo  
hacerte una confianza.

INÉS.

Hágala usted sin tardanza,  
que yo sé cual es mi empleo

en estas cosas de amores,  
y á Dios gracias, hasta aquí  
sabe usted bien que cumplí  
con mis deberes.

ADELA.

Favores

que me forzarán, Inés,  
á espresarme sin disfraz,  
aunque no fueses capaz  
de ayudarme. Oyeme pues.  
Difícil fuera en verdad  
que pudiese mi experiencia  
trocar de amor la apariencia  
con la pura realidad.  
Así juzgo no me engaño  
en una nueva conquista  
que hoy día tengo á la vista.

INÉS.

¡Señorita!

ADELA.

¿Y es extraño?

INÉS.

¿Mas quién?

ADELA.

Luis.

INÉS.

Para bien sea.

ADELA.

Es amable, es instruido,  
buen amante y buen partido.

INÉS.

Yo tengo diversa idea,  
y en los negocios de amor  
quiero, mas que un sabio, un tonto;  
porque la pega mas pronto  
el que parece mejor.

ADELA.

Aquesa Inés es patraña  
que á una muger no disculpa,  
pues echa al hombre la culpa  
cuando á sí propia se engaña.  
Tema en buen hora la necia  
la ficcion que en hombres cabe,  
mas la que su idioma sabe  
los escucha y los desprecia.  
Finjase un amante, esclavo;  
vano será su mentir,  
que aunque ellos saben fingir,  
no es ese leon tan bravo.  
Y no merece aun el nombre  
de muger, ni tal se crea,  
la que en el mundo se vea  
engañada por un hombre.  
Díonos la naturaleza



mil dones en esta parte,  
 gracias, atractivos, arte,  
 el talento y la belleza.  
 Dionos la aparente infancia  
 que nuestro imperio asegura,  
 y en el amor, la ternura  
 á la par que la inconstancia;  
 nos dió impune libertad  
 de castigar, sin ofensa,  
 y puso nuestra defensa  
 en nuestra debilidad.  
 Y queriendo á tal poder  
 dar por fin su complemento,  
 nos dió tambien fingimiento,  
 primer don de la muger.  
 Con las armas que te muestro  
 de esos tontos no te asombres.

INÉS.

Pero no todos los hombres  
 se dejan llevar del diestro.  
 Algunos conozco yo  
 que no los puede domar  
 ni el diablo.

ADELA.

Es particular:  
 sin duda poco aprendió  
 su dama; pues el amante

mas altivo, y de manías  
 mas raras, en pocos dias  
 se hace mas blando que un guante.

INÉS.

¿Mas cómo?

ADELA.

Muy facilmente.

Muestre al verse pretendida  
 cierta timidez fingida,  
 cierta modestia aparente.  
 Hable poco, que es muy sabio  
 el silencio en la muger,  
 y para darse á entender  
 donde hay ojos sobra el labio.  
 Su mirar lánguido, amante,  
 consulte con el espejo,  
 y en él hallará consejo  
 para hacerse interesante.  
 Ceda pronto, sin temor  
 de atraerse sus desprecios;  
 pues son los hombres tan necios,  
 tan vanos, que ven amor  
 donde no ven repugnancia,  
 y en sus castillos al aire,  
 á veces, hasta un desaire  
 lo convierten en sustancia.  
 Así finja sin cuidado,

segura de ser creida,  
una aficion decidida,  
un amor desatinado;  
pues aunque cualquiera estraña  
pasion que tan presto llega,  
el amor propio los ciega,  
y el orgullo los engaña.  
Finja salud quebrantada,  
que es bueno en toda ocasion  
tener siempre á prevencion  
una enfermedad guardada.  
Ni jamas una muger  
por aqueste extremo peca,  
antes bien una jaqueca  
suele milagros hacer.  
No se muestre á su amador  
con aire desaliñado,  
pues el corsé y el peinado  
son alimentos de amor;  
y si á interesar aspira,  
no olvide es cosa probada  
que ni aun la verdad agrada  
sino parece mentira.  
En fin, cuando entre en su idea  
mudar de objeto y de plan,  
no cuide del que dirán,  
antes bien el modo vea

de dar al asunto un corte,  
y al presentarse un segundo,  
con la frescura del mundo  
se da al otro pasaporte.

Con estos datos presentes  
podrás numerar sin penas  
las conquistas por docenas,  
por cientos los pretendientes:  
y dejemos que hable el necio  
y que coquetas nos llame;  
pues por mas que al cielo clame  
solo halla mofa y desprecio.  
Esta es mi opinion, Inés,  
y con ella bien me va.

INÉS.

Señorita, así será;  
mas ¿y si ocurre despues  
no poder en la ocasion  
mostrar esa maestria?

ADELA.

¿Pues qué muger en el dia  
no finge una convulsion?  
¿Quién de colores no muda  
cuando el caso lo requiere?  
¿Quién no llora cuando quiere?  
Y en fin, ¿quién de un arte duda  
que tantos triunfos ofrece

á la que sabe fingir?

INÉS.

Yo no dudo: esto es decir  
solo lo que me parece.  
Pero sepamos en fin  
ese plan que usted idea.

¿Engañar á ambos desea,  
ó dejar á don Fermin?

ADELA.

Hasta ahora solo quiero,  
si Luis me ofrece su fe,  
dar á sus proyectos pie  
por varias causas. Primero,  
por vengar mi propio ultrage,  
y dando á ese tonto celos,  
que ponga el grito en los cielos  
de vergüenza y de corage.  
Y despues porque hace dias  
que sigo este galantéo,  
y á fe mia ya deseo  
dar al diablo las manías  
de aqueste fatuo importuno.  
A mas que prestigio y fama  
pierde en el mundo una dama  
si la ven un mes con uno.

INÉS.

¡ Un mes! ¡ Vaya! Dame risa.

¿Y es tanto tiempo?

ADELA.

No hay duda.

En el día Inés se muda  
de amor como de camisa.

INÉS.

¿Y usted le amará?

ADELA.

¿Quién! ¡Yo!

Ni amé ni amar nunca espero;  
pues aunque finjo que quiero,  
lo que es querer, eso nó.

Busque amorosa cadena  
la necia ó la confiada:  
mientras yo que escarmentada  
estoy en cabeza agena  
los detesto.

INÉS.

¡Guarda Pablo!

ADELA.

Nada he dicho que te asombre.

INÉS.

¿Pero por qué?

ADELA.

Porque un hombre  
es, en miniatura un diablo.  
Esa aparente virtud,

esa honradez que pretende,  
 sen redes que astuto tiende  
 á la incauta juventud.

No escrupuliza el malvado  
 de engañar y de fingir,  
 pues entre ellos el mentir  
 ni aun se tiene por pecado,  
 y como tambien hoy dia  
 en el cariño hay sus modas,  
 el no enamorar á todas  
 lo juzgan descortesía.

INÉS.

¿Mas no hay muchos que dan palo  
 y se casan?

ADELA.

En amor

casarse no es lo mejor,  
 solo sí es lo menos malo.

Quién el matrimonio abraza,  
 prepare resignacion,  
 no sea que ~~per~~ melon  
 se encuentre con calabaza.

INÉS.

Pues volviendo al nuevo amante,  
 á don Luis, saber deseo  
 que he de hacer, cual es mi empleo.

ADELA.

A eso voy. Oye un instante.

Puesto que en la misma casa  
viven los tres, he juzgado  
que Perico, ese criado  
de don Judas, cuanto pasa  
ha de saber, y conviene  
ponerle de nuestra parte  
con el disimulo y arte  
propios de quien naguas tiene.  
Sonsácale, mas de modo  
que nada llegue á entender.

INÉS.

Tal encargo á una muger  
es ocioso. Quedo en todo,  
pues, aunque gran marrullero,  
es criado, y como tal  
en tratando de hablar mal  
que se desemboce infiero.  
Mas suspendamos la junta (*Mira á la  
que es don Luis. puerta*).

ADELA.

Ya lo sé.

INÉS.

¿Señorita, y yo qué haré?

¿Me voy?



(66)

ADELA.

¿Pues quién tal pregunta? (*Vase Inés*).

## ESCENA II.<sup>a</sup>

*Adela y Luis. (Sientase Adela).*

LUIS.

Adela á los pies de usted.

¿Cómo vá? ¿se han serenado  
ya esos ojos?

ADELA.

No señor.

LUIS.

Mas el afligirse tanto  
repare es perjudicial  
á su salud.

ADELA.

Ni un bocado  
he podido probar hoy.  
Hasta el agua me hace daño  
en teniendo yo un pesar.

LUIS.

¿Por qué no se acuesta un rato  
y duerme?

ADELA.

Tal pretendí;  
pero no pude lograrlo

por mas que hice. En este mundo  
 á nadie faltan cuidados,  
 y mas á quien por desgracia,  
 es sensible.

LUIS.

(Para el diablo

que se fiara de tí). ( *Aparte* ).

Yo juzgo muy al contrario  
 incomparable fortuna,  
 poseer en alto grado  
 aqueese don, que del bruto  
 distingue al género humano.  
 Si en la sensibilidad  
 tal vez pesares hallamos,  
 si ella de nuestras pasiones  
 es el poderoso lazo;  
 tambien por ella existimos,  
 tambien por ella gozamos,  
 y en fin, sin ella el amor  
 fuera solo un nombre vano.

ADELA.

¡Ah!

LUIS.

¡Qué es esto! ¿Usted suspira  
 al nombre de amor? ¿Acaso  
 conoció usted su poder?  
 ¡Ay bella Adelita! Cuantos

:

recelos ese suspiro,  
despierta en mí. Mas si un lazo  
anterior vuestra alma liga:  
si su corazon mas grato  
fue á la llama de otro amante;  
no lo ignore yo. Abrumado  
de pesares, de tristezas,  
aun puede tal vez la mano  
del tiempo y la reflexion  
curar la llaga, que el dardo  
del amor abrió en mi pecho;  
mas si cediendo al encanto  
de tantas gracias, yo mismo  
doy alimento á mi daño:  
si una esperanza fomento  
de bienes imaginarios  
que solo fingen los sueños  
de una pasion ; cuán en vano  
arrancar querré algun dia  
de mi corazon, el caro  
objeto de mis suspiros!  
¡Qué momentos tan amargos  
envenenarán mi vida!  
¡Cuántos pesares! ¡Y en tanto  
otro mas feliz disfruta  
de ese cariño! ¡Y yo acaso  
podré verlo sin morir!

( 69 )

ADELA.

¡Ay Dios, Luis! ¡Qué alterado  
está usted! ¡Pero yo..... cómo!  
¿Será posible?

LUIS.

Sí. En vano

tan doloroso secreto  
quiere ya ocultar mi labio.  
Harto disimular pudo.  
Harto tiempo mis quebrantos,  
mis celos, mis sinsabores  
supe devorar callando.  
Sí adorable y bella Adela,  
no lo dude usted, yo la amo,  
y este amor, que eternamente  
debiera estar encerrado  
dentro de mí, ya en su furia  
rompió del deber los lazos.  
No ignoro los compromisos  
que la ligan á un cercano  
pariente, y por consecuencia  
sé que amándola á usted falto  
á mis deberes; he aquí  
de este silencio que extraño  
puede parecer la causa.  
Mas fuego mal apagado  
basta á encenderle una chispa.

Así fue en efecto; el rayo  
que vuestros divinos ojos  
hoy á mi pecho lanzaron  
me hizo ver que amor y celos  
reprimirlos es en vano.

Usted tan solo, á mí mismo  
me volverá, un desengaño  
sea á mis males remedio  
cruel, pero necesario.

¿Ni aun de tal favor soy digno? (*Silencio*)  
¿Cuál mi falta fue?

ADELA.

¡Ah! Si en algo  
aprecia usted con efecto  
á esta Adela, no el quebranto,  
no el pesar, con sus palabras  
siembre en su pecho angustiado.  
No, sin oír, la condene;  
y pues este involuntario  
accidente, de mi afecto  
os dió ya indicios tan claros,  
oiga usted todo. Mas antes  
le exijo como hombre honrado  
y caballero el secreto  
de esta confianza.

LUIS.

¿Acaso

pudiera negarme á ello?

Sí, hermosa jóven, por cuanto  
mas en este mundo aprecio  
os prometo que guardado  
siempre estará.

ADELA.

Bien lo creo.

(Ya cayó este pez, finjamos). (*Aparte.*)

LUIS.

(Para ser la vez primera  
no miento de lo mas malo). (*Aparte.*)

ADELA.

En vano los grillos

de la autoridad

á un amante pecho

quieren sujetar.

En vano lo intentan,

que la voluntad

cuanto mas ligada

mas se muestra audaz.

Ni halagos, ni iras

consiguen jamas

que ceda ó que tiemble

la que sabe amar.

Aquesto os recuerdo

porque, si en mi mal,

á un forzado lazo

consentí, no habrá  
 poder en la tierra  
 que un nudo fatal  
 hoy aborrecido,  
 me fuerce á aceptar.  
 ¿Ni cómo dar puedo  
 un alma que ya  
 es de quien la supo  
 mejor conquistar?  
 Bien sé que una dama  
 no debe mostrar  
 su inocente afecto,  
 su amoroso afan;  
 mas cuando á mi cuello  
 se acerca el dogal  
 que á eterno martirio  
 me ha de sujetar,  
 de vanos respetos  
 no es el tiempo ya.  
 Perdonad si acaso  
 fui ingénua demas,  
 pues cuando mis penas  
 os llego á fiar  
 ni sé si hago bien  
 ni sé si hago mal.

LUIS.

¿Con qué no es amado?

(73)

ADELA.

No, ni lo será

Luis, yo os lo aseguro.

En mi confiad

pues yo en vos confio;

la tranquilidad

vuelva á nuestro pecho,

y..... ¿Qué quereis mas?

LUIS.

¿Me engañais, mi Adela?

ADELA.

¿Podeis aun dudar?

LUIS.

Sí, que siempre duda

quien ama.

ADELA.

Es verdad,

mas ahora no hay causa.

LUIS.

¿Y en fin, osará

prometerse el alma

remedio á su mal?

¿O tal vez (¡qué dicha!)

al fuego voraz

que mi pecho abrasa

no insensible es ya

mi adorada Adela?



(74)

¿Qué decís? Hablad.

ADELA.

¿No hablaron mis ojos?

¿A qué exigir mas?

LUIS.

¿Seré pues dichoso?

ADELA.

Sí, que pues callar  
el alma no supo,  
en vano será  
que reuse el labio  
descubrir mi mal.

LUIS.

¿Y me amaréis siempre?

ADELA.

Eterno será  
mi afecto.

LUIS.

¿De veras?

ADELA.

No engañé jamas.

### ESCENA III.<sup>a</sup>

*Dichos y Fermin.*

FERMIN.

¡Caramba! ¿Qué es lo que veo! (*Ap.  
sorprendido.*)

(75)

ADELA.

Don Fermin.....

FERMIN.

¡Válgame Dios! (*Aparte.*)

ADELA.

¿Si habrá oído.....? (*A Luis.*)

LUIS.

¿No lo creo? (*A Adela.*)

ADELA.

¿Qué teneis, saber deseo? (*A Fermin.*)

FERMIN.

(Y estaban solos los dos.) (*Ap.*)

LUIS.

¿Estás mudo?

ADELA.

(Ya dió lumbre.) (*Ap.*)

FERMIN.

Me duele algo la cabeza.

ADELA.

¿Es alguna pesadumbre?

FERMIN.

Jamas tuve por costumbre  
dar mérito á una simpleza.

ADELA.

¿A una simpleza?

FERMIN.

Sí, á fe.

(76)

ADELA.

Difícil es lo comprenda.

LUIS.

(Que está picado se ve.) (Ap.)

FERMIN.

Pues lo que me dijo sé,  
y entiéndame quien me entienda.

ADELA.

Vamos, en lo impertinente  
bien se echa de ver su mal;  
pero advierta que es prudente  
no tomar mucho relente;  
porque el tiempo está fatal.

FERMIN.

¿Es consejo?

ADELA.

No, conseja.

FERMIN.

Ya pasé yo de esa edad.

LUIS.

(De divertirme no deja.) (Ap.)

ADELA.

Nunca una persona es vieja  
para escuchar la verdad.

¿En fin, qué es lo que ha pasado?

¿No logró usted sus deseos?

FERMIN.

Jamas me ví despreciado.

ADELA.

¿O acaso ha resucitado  
la que se murió en Burdeos?

FERMIN.

Eso es mi veracidad  
poner en duda.

ADELA.

No alcanza  
á tanto mi necesidad;  
mas juzgué que la amistad  
es disculpa de una chanza.

#### ESCENA IV.<sup>a</sup>

*Dichos y doña María.*

DOÑA MARIA.

Señores.....

LUIS.

A vuestros pies  
señora.

FERMIN.

Lo mismo digo.

DOÑA MARIA.

¡Ola! ¿Don Luis, qué es esto?  
¿Cómo tan favorecidos

nos tiene usted?

LUIS.

Al contrario,  
yo soy quien me juzgo indigno  
de los favores que siempre  
me dispensó su cariño.

DOÑA MARIA.

Bien sabe usted que le quiero  
como si fuese hijo mio.

LUIS.

Mil gracias.

FERMIN.

(Miren tambien  
la buena señora.) (A parte.)

DOÑA MARIA.

Amigo,  
las noticias de mi enferma  
son fatales: ahora mismo  
me han enviado á decir  
que la dan sudores frios,  
y unos dolores de flato  
que la tienen en un grito.

LUIS.

¡Pobre señora!

DOÑA MARIA.

Y que un mal  
es siempre mucho estravio

para una casa. Parece  
 que no es nada el sinapismo,  
 la cataplasma, el reparo  
 con la triaca y el vino,  
 y el puchero que se rompe;  
 pues siempre hace desavio,  
 aunque lo haya, sin contar  
 la muger siempre al lebrillo  
 para aquello que se empuerca,  
 y la ayuda, y..... Pues no digo  
 nada de las medicinas.

No pondero, mas sí afirmo  
 que en la tal enfermedad  
 se han gastado, y no me admiro,  
 mas pesos en el ruibarbo  
 que minutos tiene un siglo.

LUIS.

¡Jesus señora!

DOÑA MARIA.

Si es mucho  
 lo que ha tomado ese pico.

FERMIN.

(¡Que charlar!) (Ap.)

DOÑA MARIA.

Vamos Adela,  
 aviate, que es preciso  
 ir allá al momento.

ADELA.

Voy.

DOÑA MARIA.

No te mudes de vestido,  
sino ponte la mantilla  
de cualquier modo.

ADELA.

¿Y los rizos  
he de arreglarlos?

DOÑA MARIA.

¿A qué?

ADELA.

Como estan ya tan caidos.

DOÑA MARIA.

Para la gente que habrá.  
Oye, dí á Inés, que yo digo    (*va y vuel-*  
que venga acá.                            *ve Adela.*)

ADELA.

Está muy bien.

DOÑA MARIA.

Ah, dí tambien..... (*Ad. va y vuelve.*)

ADELA.

¿Qué?

DOÑA MARIA.

De frio  
yo no sé como estaremos.

(81)

ADELA.

Ni yo.

DOÑA MARÍA.

Y luego paso el signo  
con la tirantez de cuerdas  
si á la vuelta no me abrigo.  
¿Llevaré la papalina  
ó el pañolon de merino?

ADELA.

Lo que usted guste.

DOÑA MARÍA.

Pues bien,  
entonces di....

ADELA.

¿Y bien que digo?

DOÑA MARÍA.

¿Que sé yo?

FERMIN.

(¡Qué pesadez!) (Ap.)

DOÑA MARÍA.

Lo que quieras, ya está dicho.

FERMIN.

(Quien pudiera echarte encima  
una rueda de molino.) (Aparte.)



## ESCENA V.

*Dichos menos Adela.*

DOÑA MARÍA.

Es mucha alhaja esta niña.  
¡Qué alma tan bella! ¡Y qué lindo  
corazon! Bien sabe Dios  
que lloro como un chiquillo  
cuando pienso que algun dia  
tal vez deje el lado mio.  
En fin, lo que yo deseo  
es que encuentre un buen marido  
como ella, por ejemplo,  
que él será feliz. ¿No digo  
bien?

LUIS.

¿Quién lo duda? Adelita  
es un ángel, un hechizo.

DOÑA MARÍA.

Yo aunque al fin es cosa propia,  
y me está mal el decirlo,  
con usted nada aventuro,  
es jóven de mucho juicio  
y será muy buena esposa.  
Bien sé que no es gran partido  
porque es pobre; mas quien piensa  
como debe, en su cariño

busca solo la virtud.

¿No es esto verdad?

LUIS.

Lo mismo

juzgo yo, ni mas ni menos.

FERMIN.

( ¡ Vaya, que estoy divertido!

¡Que culebra es la mamá!) ( *Ap.* )

DOÑA MARÍA.

Justamente es lo que digo

yo. Aun cuando por otra parte,

tambien hay mérito mio.

Yo le dí una educacion

como dan á pocos hijos

sus padres. Ella de lenguas,

ella de cortar vestidos,

pone la pluma muy bien,

ella peinar, hacer rizados,

y tambien alguna cosa

de respunte y dobladillo,

porque quise que hasta de eso

aprendiera. Es el avio

de cualquiera casa.

FERMIN.

¡ Oh! para eso

en Francia; allí hasta los niños

de ocho y de diez años saben

mas que aquí á los veinte y cinco;  
Pero; pues se habla de damas.  
¡Qué educacion! ¡Qué distintos  
talentos de los de acá!  
Eso es público y sabido.  
Muger hay allí á los quince  
que ha compuesto siete libros  
de novelas, que es su fuerte:  
y no que aquí, un sobrescrito  
apenas saben poner,  
ó una carta de amorios  
llena de muchos chapones,  
letras á saltos y brincos,  
sin chispa de ortografía,  
con los renglones torcidos,  
y una sarta de dislates  
que, vaya, si yo me admiro  
como hay tonto que las lea.  
Así me dan tal fastidio.  
Pero, volviendo al asunto,  
á la prueba me remito  
de mí propio. Yo llegué  
á París, hecho un borrico,  
como crian tierra adentro,  
los mas de los señoritos:  
mi capa, mi calañés,  
la chamarra, el cigarrillo,

el aparejo de campo  
 y apestando á ajos y á vino;  
 y en trece meses que estuve  
 largué la cascara, amigo,  
 de tal modo, que aun por fuera  
 ya ves si huelo á cortijo.  
 Es verdad que nunca quise  
 meterme en los laberintos  
 de academias y liceos,  
 porque esos son muchos lios;  
 pero aunque yo, por ejemplo,  
 física no haya aprendido  
 sé bailar el rigodon.

LUIS.

Que para el caso es lo mismo.

FERMIN.

Lo es, en cuanto al aprender.

Y á mas tengo aquel bañito  
 que.....

## ESCENA VI.<sup>a</sup>

*Dichos Adela é Inés (con el pañólon.)*

ADELA.

Mamá, cuando usted guste  
 vamos.

INÉS.

Señora, me han dicho

que usted me llamaba.

DOÑA MARÍA.

Sí.

Ve luego al tocador mio,  
y en el cajon, de esta mano  
encontrarás un frasquito  
de agua de olor, no hagas caso,  
pero en aquel lado mismo  
ácia el rincon, junto al peine,  
está la carta que he escrito  
esta tarde. Haz que la lleven  
al correo. ¿Lo has oido?

INÉS.

Si señora.

DOÑA MARÍA.

¿Con que estás?

INÉS.

Si señora.

DOÑA MARÍA.

Oye. Y si el tio  
de don Luis viene (don Judas)  
le dirás que hemos salido  
con precision, y que así  
por hoy, perdone el tresillo.  
¿Lo entiendes?

INÉS.

Si señora.

DOÑA MARÍA.

Cuidado que no haya olvido.

LUIS.

Señoras, si ustedes gustan

iremos favorecidos

con su compañía.

DOÑA MARÍA.

Sí,

con gran placer lo admitimos. (*Fermin va  
á dar el brazo á Ad.*)

Fermin, deme usted el brazo,  
porque estos callos malditos  
me matan.

FERMIN.

¡Yo...! Bien señora. (*Le da el brazo.*)

LUIS.

Pues la suerte lo ha querido,  
tendré el honor. (*A Adela.*)

ADELA.

Soy la honrada. (*Le da el brazo.*)

LUIS.

Mil gracias.

FERMIN.

(*Pues es bonito*  
el papel que voy haciendo. (*Ap.*)  
Por vida de....)

( 88 )

DOÑA MARÍA.

Inés, repito  
que no abras á nadie.

INÉS.

Bien.

DOÑA MARÍA.

Si llaman, por el postigo  
pregunta quien es.

INÉS.

Ya estoy.

(Jesus, y que tabardillo.) (Ap.)

FERMIN.

(¡Yo con madres, santos cielos!) (Ap.)

DOÑA MARÍA.

Con que á Dios. Lo dicho, dicho.  
(Vanse.)

INÉS.

Bien lo entiendo

## ESCENA VII.<sup>a</sup>

INÉS.

Pues, señor,  
veremos del laberinto  
quien sale. Mi señorita  
gusta tanto de esos lios  
de amores, que ciertamente

ha de ser hombre corrido  
 quien le ponga la ceniza  
 en la frente. Yo me admiro  
 de ver que hay hombres tan necios,  
 tan fatuos, que cuando han visto  
 tanto desengaño ageno  
 se presten á que lo mismo  
 les suceda, ya se ve,  
 ese orgullo es tan maldito.  
 ¿Pero quién me mete á mí  
 en eso? ¿Qué beneficio  
 me puede á mi resultar  
 de que quien no es novio mio  
 sea bueno, ó sea malo,  
 sea tonto ó advertido,  
 tenga dinero ó no tenga?  
 Pues si nada gano, digo  
 que en nada quiero mezclarme.  
 Gracias á Dios, nunca he sido  
 curiosa, aunque soy muger,  
 ni se me da tres cominos  
 de lo que hacen los demas;  
 y así aunque venga Perico  
 no le abriré, y de este modo  
 me ahorro de enredos. ¿No he dicho  
 bien? Ya se ve, que en la renta  
 del escusado es delirio



meterse. ¿Pero quién llama? (*Llaman.*)  
 ¿Será Pedro? Pues, el mismo. (*Se aso-*  
*ma.*)  
 ¿Le abriré ó no le abriré?.....  
 ¡Qué tentacion!..... Y ya há un siglo  
 que no me cuenta los chismes  
 de su casa y los vecinos.....  
 Es verdad que no me importan;  
 mas saber no ocupa sitio.....  
 y luego mi señorita  
 me encargó tanto... Hase visto (*Llaman.*)  
 prisa tal..... Yo voy á abrir  
 y echense á la mar pelillos. (*Va á abrir.*)

### ESCENA VIII.<sup>a</sup>

*Inés y Pedro.*

PEDRO.

¡Jesus muger! ¿dónde estabas  
 que me tienes hace un siglo  
 echando la puerta abajo?

INÉS.

Los criados han nacido  
 para esperar.

PEDRO.

Ciertamente;  
 y no fuera bien visto  
 que una dama como tú

abandonase el lebrillo  
ó la sarten, para abrir  
á los que llaman ¿No digo  
bien?

INÉS.

Y tambien. Mas no creas  
que es todo oro, Perico,  
lo que en el mundo reluce.  
Por ejemplo, ambos servimos,  
que parece condicion  
perversa, y aunque no digo  
yo que es buena, no es mejor  
la de muchos que podridos  
estan de pesos. No falta  
el pan, estamos vestidos,  
gozamos la confianza  
de uno y otro señorito,  
y sabemos sus secretos,  
y somos sus.....

PEDRO.

Desatinos.

¿Soy yo acaso como tú?

INÉS.

Vamos, Pedro, que conmigo  
es en vano hacerse pieza.  
Deja esos escrupulillos,  
que entre gentes cual nosotros

no deben ser permitidos,  
y cuéntame de tu casa  
la novedad. ¿A qué ha sido  
el no esperado viage  
á esta ciudad del sobrino  
de tu amo?

PEDRO.

¿Y yo qué sé?

INÉS.

¿No lo has de saber?

PEDRO.

Te digo, (*Dudando.*)  
que.....

INÉS.

Vaya deja simplezas.  
¿Acaso tienes motivo  
de desconfiar de mí?

PEDRO.

Yo no, mas luego.....

INÉS.

(Ya es mio). (*Aparte.*)

PEDRO.

Como que hasta las paredes  
á veces tienen oídos.....

INÉS.

No temas.

(93)

PEDRO.

¿Estamos solos? (*Registrando.*)

INÉS.

¿Tambien esa? Sí, Perico.

Habla por Dios ó rebiento.

PEDRO.

Ya tú sabes que ha venido (*Con misterio.*)  
mi amo.

INÉS.

Lo sé. Adelante.

PEDRO.

Y, ó me engaño, ó el motivo  
de su viage, es asunto  
de grande entidad.

INÉS.

Lo mismo  
pienso yo, ni mas ni menos.

PEDRO.

Pues.

INÉS.

¿Pero cuál? Vamos; dilo.

PEDRO.

Eso es lo que yo no sé.

INÉS.

Pues hombre estamos lucidos.

PEDRO.

De modo es y de manera

que si hoy no lo sé; no afirmo  
yo que mañana....

INÉS.

Pues eso  
es lo que importa. Advertido  
ya de todo, será facil  
aprovechar un descuido  
de don Luis. Un criado  
de confianza; á su arbitrio  
tiene las llaves del amo,  
y en haciéndole un registro,  
y en leyendo cuatro cartas,  
cátate al punto instruido  
de todo. ¿No será mengua  
que un hombre á quien los colmillos  
le han salido en la cocina,  
que es en este mundo el sitio  
donde mas se aprende, ignore  
lo que piensa el señorito?  
vaya que fuera vergüenza.  
Así mira que confio  
en tu maña, y si ocurriere  
algo de nuevo, el aviso  
me darás al punto.

PEDRO.

El caso  
es que don Luis ha traído

otro criado de allá.

INÉS.

¿Y qué tal?

PEDRO.

El mas ladino  
que ha salido de Madrid.

INÉS.

La manzanilla y el tinto  
contra empacho de secretos  
son el mejor vomitivo.

PEDRO.

Como uno no está enterado  
en si allá,....

INÉS.

¡Qué desatino!

Si en Madrid con Valdepeñas  
suelen despechar los niños.

PEDRO.

Entonces voy á buscarle.

INÉS.

Pues á la taberna y chito  
que aquesto interesa. ¿Entiendes?

PEDRO.

Entiendo. (Cumplí mi oficio.  
Ahora á dar cuenta á don Luis) (Ap.)  
Con que á Dios.

(96)

INÉS.

A Dios Perico.

PEDRO.

¡Jesus! Ya se me olvidaba. (*Va y vuelve.*)  
Me encargó mi amo (el tío) *ve.*  
viniese á saber si salen  
tus señoras.

INÉS.

Bien lo has visto,  
salieron ya. ¿Y á qué viene  
esa pregunta?

PEDRO.

Imagino  
será para no venir  
si esta noche no hay tresillo.

INÉS.

Es verdad.

PEDRO.

Pues hazte cuenta  
que me iba ya sin decirlo,  
cuando esto solo me trajo  
aquí.

INÉS.

¿Sabes que es bonito  
tu modo de hacer encargos?  
Si así cumples con los míos  
dígame Pedro.....

PEDRO.

Eso no.

Bien sabes tú que contigo  
nunca me faltó memoria.

INÉS.

¿Y voluntad?

PEDRO.

No lo afirmo.

INÉS.

¡Jesus que poco galan!

PEDRO.

¿Pues el mentir no es delito?

INÉS.

Con quien tiene naguas, no.

PEDRO.

Me alegro haberlo sabido.

En fin, yo prometo verte  
bastante pronto.

INÉS.

¿Confío?

PEDRO.

Por la fe de caballero.

INÉS.

No me hace gran fuerza, amigo,  
que los plebeyos no tienen  
mas fe que la de bautismo.



(98)

PEDRO.

Pues yo te juro.....

INÉS.

Tampoco

los juramentos admito  
que saben jurar en falso  
hoy día, hasta los chiquillos.

PEDRO.

Por el alma de mi abuela.....

INÉS.

Hombre, calla, no seas niño.  
¿Le dirás verdad á un muerto  
cuando engañas á los vivos?  
En fin, no pierdas mas tiempo,  
que hartó quizá hemos perdido  
en charlar.

PEDRO.

Sí eres muger.

INÉS.

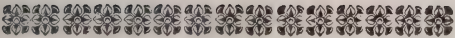
Tú criado que es lo mismo.  
¿Con qué hasta luego?

PEDRO.

Hasta luego. (*Vase.*)

INÉS.

(A Dios propósitos míos.) (*Ap.*)



## ACTO TERCERO.



### ESCENA PRIMERA.

*Don Judas y don Luis, éste leyendo una carta.*

D. JUDAS.


¿Y bien? ya estamos aquí.  
¿Se podrá saber la causa  
de haberme con tanta prisa  
traído de la muralla  
á hora tan intempestiva?

LUIS.

¿Pues las diez de la mañana  
es hora acaso.....?

D. JUDAS.

Sí tal,  
para venir á una casa  
ajena..... Y precisamente  
cuando don Bruno Zabala,  
sobrecargo de la Cármén,  
á leernos empezaba



el reglamento propuesto  
del puerto franco. A Dios gracias  
veremos esa bahía  
con cara de gente. ¡Calla!  
¿Pero tú no atiendes, hombre?

LUIS.

Ya usted sabe la maraña (*Guarda la  
en que estoy metido? carta.*)

D. JUDAS.

Sí;

pues me la dijiste.

LUIS.

Y tanta  
ha sido en esto mi dicha,  
que aun antes que lo esperaba,  
una imprudencia de Adela  
me ha dado el medio y la traza  
de darles una leccion  
á entrambos: leccion amarga;  
pero forzosa. Del uno  
la presuncion insensata;  
el coquetismo insufrible  
de la otra, no reclaman  
indulgencia en este punto.  
Ni me debe arredrar nada  
cuando evitar me propongo  
no menos que la desgracia

de un primo á quien amo. Así  
oiga usted todo.

D. JUDAS.

Ya tardas.

LUIS.

Despues del paso de ayer,  
paso que tan mala cara  
costó al fingido Fermin,  
viendo que mis esperanzas  
caminaban á su logro,  
juzgué que solo faltaba  
remachar del todo el clavo.  
Presto resolví: á mi casa  
me vuelvo, y fingiendo celos,  
á Adela escribo una carta,  
que anoche mismo por Pedro  
recibió. Allí le mostraba  
haber acaso sabido  
los lazos que la ligaban  
á Fermin, de ella me quejo,  
la llamo pérfida, ingrata,  
y lo demas que se dice  
en tales casos: sus gracias  
acuso, y de mi desdicha  
me lamento. Ni fue vana,  
ni inútil resolucion;  
pues esta misma mañana

recibí un billete suyo.

D. JUDAS.

¡Un billete!

LUIS.

Cosa es clara.

El buscar á Inés, tan solo  
me trajo aquí, que me importaba  
salir pronto de cuidados.

Con efecto, en acechanza  
me la encontré ya esperando  
el medio de que llegára  
á mis manos, que fue facil  
sin que usted cayese en nada.

D. JUDAS.

¡Pues sobrino del demonio,  
y por hacerme tú..... (¡vaya!)  
solo desde allá me traes  
hecho un galgo? No está mala  
la especie. Si estoy molido;  
como que en largando gaviás  
y poniéndote á la via,  
no hay diablos que te den caza.

LUIS.

Calle usted por Dios, señor,  
y oiga hasta el fin con cachaza.

D. JUDAS.

Callo y oigo.

(103)

LUIS.

Mi intencion

ya con esto se lograba.

En su esquila por supuesto  
me afirma que fue infundada

la voz de ese compromiso;

y porque no me quedara

duda, dice de Fermin

mil pestes, dos mil infamias:

le tilda de vano y tonto,

de presumido le tacha.

En fin, es tanto y tan malo

que muy mal rato le aguarda

cuando lo sepa.

D. JUDAS.

¿Y acaso  
lo sabrá?

LUIS.

¿Pues no? La carta

debe él mismo ver, y en ella

la prueba evidente y clara

de aquese amor que pondera.

Mas no es prudente que vaya

por mi conducto: un acaso

los inconvenientes salva.

Así pienso que Perico,

valiéndose de su maña,

haga que el otro la vea,  
sin que parezca que.....

D. JUDAS.

¡Calla!

con que tambien el buen Pedro  
anda metido en la danza.

LUIS.

Sí señor, es criado antiguo,  
y como tal, una albaja  
para embrollos. Luego es fuerza  
hablarle, porque la trama  
sigamos todos de acuerdo.

D. JUDAS.

Que no vayamos por lana  
y volvamos en bandolas.

LUIS.

Que, no señor.

D. JUDAS.

Dios dolo haga.

Mas mira que en estos casos  
es precaucion necesaria  
llevar la escota en la mano,  
y si acaso el viento carga,  
arriar al punto el chicote,  
que el hacerlo en tiempo es ganga.  
En fin sea, pues lo quieres.

(105)

LUIS.

¿Pero usted qué teme?

D. JUDAS.

Nada.

Yo en aferrando juanetes  
venga mar. Mas en sustancia  
¿en esto qué pito toco?

LUIS.

A eso voy. Vuestra embajada  
tiene otro objeto. Es forzoso  
el que ella por sí deshaga  
su compromiso. Además  
conviene el darle una causa  
poderosa que la obligue  
á dejarme. Así se salva  
mi propia delicadeza;  
así mas claro resalta  
el carácter de la niña,  
y en fin, así se preparan  
humillantes descengños  
para el que tanto fiaba  
de sí mismo. Todo aquesto  
se conseguirá.

D. JUDAS.

No es nada,  
¿y todo lo he de hacer yo?



(106)

LUIS.

Muy fácilmente: á esta sala  
vendrá presto la mamá.  
¿No es así?

D. JUDAS.

Ya está avisada.

LUIS.

Pues usted con ella á solas  
se quedará, y engañarla  
es necesario.

D. JUDAS.

¿Ahora mismo?

LUIS.

Sí. Hacerle una confianza  
fingida es golpe seguro.

D. JUDAS.

Ya caigo. ¿Con qué aquí encaja  
bien todo lo que ayer noche  
me dijiste de la falsa  
venida, y de los papeles,  
y de.....?

LUIS.

Pues. Mas importaba  
tener la prueba en la mano  
antes de aventurar nada.  
Por eso no me espliqué  
entonces mas claro.

(107)

D. JUDAS.

¡Vaya!

Por San Telmo que estoy tonto.

LUIS.

Me voy á seguir la trama;  
pues Perico es necesario  
aquí venga sin tardanza  
é instruya á Adela y á Inés  
de todo.

D. JUDAS.

¿Otra confianza?

LUIS.

Sí, mas esta no es fingida,  
antes cierta. Pero calla,  
ya viene allí la mamá.  
Cuento con que....

D. JUDAS.

No habrá falta.

LUIS.

Que exija usted el secreto.

D. JUDAS.

¿Y para qué?

LUIS.

Cosa es clara,  
porque lo diga mas pronto. (*Vase Luis.*)

D. JUDAS.

Bien, á Dios.

(108)

ESCENA II.<sup>a</sup>

D. JUDAS.

No me faltaban  
á mí mas que estos sobrinos.  
¡Y qué enredos! ¡Qué marañas  
traen allá! Como esto dure  
doy de quilla. Pero al arma  
que aquesta urca enemiga  
está ya á tiro de bala.

ESCENA III.<sup>a</sup>

*Doña María y D. Judas. (Se sientan.)*

DOÑA MARIA.

Felices señor don Judas.  
Dispense usted mi tardanza.  
Ya se vé, con estos males  
tenemos tan trastornadas  
las horas que.....

D. JUDAS.

Entre personas  
que há tanto tiempo se tratan  
no debe haber ceremonias.  
Por esto, y porque importaba  
vine á ver á usted.

(109)

DOÑA MARIA.

¿Pues qué?

¿Hay novedad?

D. JUDAS.

Patarata;

una mano de noroeste  
que metemos en el agua  
los penoles.

DOÑA MARIA.

¿Y en cristiano

qué significa esa sarta  
de nombrachos?

D. JUDAS.

A eso voy.

Mas le exijo la palabra  
de que reserve la especie.

DOÑA MARIA.

Por supuesto.

D. JUDAS.

A la muchacha

aunque haya fuerza de vela  
no se lo diga usted.

DOÑA MARIA.

Nada.

Sí, pues bonita soy yo  
para chismes. En mi casa  
jamás hubo un sí ni un nó,

y eso que entonces estaba  
 hecha siempre un jubileo.  
 Mi Simon, que de Dios haya,  
 gustaba mucho de gentes:  
 su refresco no faltaba  
 por las noches. Es verdad  
 que eran tiempos en que andaba  
 Dios por el mundo, y cien pesos  
 á ninguno le faltaban;  
 mas hoy dia, todo, todo,  
 viene á menos, ola, y gracias  
 quien tiene un pasar.

D. JUDAS.

Señora,

¿me deja usted hablar?

DOÑA MARIA:

¡Vaya!

¿le tapo acaso la boca?

D. JUDAS.

Por fin, atencion y calma.

El caso es que mi sobrino,  
 (el novio de la muchacha  
 que digamos) de Sevilla  
 dió la vela, y por las trazas  
 parece hace rumbo á Cádiz.  
 Además, en confianza,  
 sé tambien cuál es su objeto.

(III)

DOÑA MARIA.

¿Y será?

D. JUDAS.

Estarle á la capa

sin darse á reconocer  
ni izar pabellon.

DOÑA MARIA.

¡Estraña

resolucion! ¿Mas por qué?

D. JUDAS.

Porque quiere en acechanza  
ponerse. Juzgo le han dicho  
no sé que cosas, patrañas  
por supuesto, de la chica:  
tonterías: verbigracia  
que si es coqueta, si funda  
su vanidad y su gala  
en que cuantos hombres mira  
arrian bandera á sus gracias,  
que si lleva siempre amantes  
al costado. Nada, nada.

DOÑA MARIA.

Malas lenguas que la tienen  
envidia.

D. JUDAS.

Cabal.

DOÑA MARIA.

Dejarlas.

Yo sé la hija que tengo ,  
y sé quien es.

D. JUDAS.

Pues, y basta.

Pero como él en su vida  
ni la ha visto, ni la trata,  
ni sabe sus propiedades;  
ya se vé, teme, y con causa,  
hacer avería gruesa  
en alta mar. Pues no es nada,  
la honrilla. Y los sevillanos  
que en siendo de clase y casa  
se creen ellos mas altos  
que el tope de la giralda.  
A mas tambien quiere ver  
el cariz de la muchacha,  
como es regular, y aunque ella  
es linda como una plata,  
al fin no es doblon de á ocho  
que á todo el mundo le agrada.  
Tampoco fuera imposible  
que en sus proyectos entrara  
ponerle la proa, digo  
hacerle el amor.

DOÑA MARÍA.

Ya escampa.

¡Vaya que el tal señorito  
por vida mia es alhaja!

D. JUDAS.

Cosas de niño mimado.

Ya ve usted el de su casa  
fue el ídolo siempre, vivo,  
poca edad, poca sustancia  
y barro á mano ¿quién diantres  
es capaz de irle á la zaga?

DOÑA MARIA.

¡Y el vinculillo qué tal?

D. JUDAS.

¡Vinculillo! Pues no es nada.

Si ahora con la nueva herencia  
es suyo medio Triana.

Y en cuanto á la sangre ¡Ya!

Mas noble que doña Urraca,

es hijo de veinticuatro,

y heredero, que esa vara

¿quién se la quita?

DOÑA MARIA.

¿Tambien?

D. JUDAS.

Pues.



DOÑA MARIA.

¿Y si acaso se encaja  
aquí ese señor qué hacemos?  
¿Vamos diga usted?

D. JUDAS.

Cachaza.

Por ahora lo que interesa  
es dejar que ande la danza,  
y quedarnos al socaire  
hasta que haya una empopada.  
Mas claro: izar la sueca.  
¿Me esplico?

DOÑA MARIA.

Sí. (Estoy en brasas.) (Ap.)

D. JUDAS.

En cuanto á Adela, no quiero  
que sepa ni una palabra,  
porque luego habrá soponcios,  
convulsion y marcejada,  
y nervios y.....

DOÑA MARIA.

En todo estoy.

D. JUDAS.

Ademas, porque la trama  
mejor se oculte, y la cosa  
con mas disimulo vaya,  
piensa enviarme al momento

los papeles que hacen falta  
 en el caso, como fees  
 de bautismo, la palabra  
 de casamiento, y en fin,  
 que sé yo que enredos y trampas,  
 que siempre una boda tiene  
 mas cabos que quince jarcias.  
 Item mas. Porque en el lazo  
 ustedes mas presto caigan  
 dirá que, pues sus que haceres  
 por ahora lo separan  
 de Adelita, está impaciente  
 por verla aunque sea pintada,  
 y pedirá su retrato.

DOÑA MARIA.

¡Su retrato! ¡Cosa estraña!  
 ¿Sin mandar el suyo?

D. JUDAS.

No.

Es que de enviarle trata.

DOÑA MARIA.

Aqueso ya es otra cosa;  
 pero la juzgo bobada;  
 pues si con efecto es de él  
 conoceremos su cara,  
 y entonces se lleva el diablo  
 las ficciones y las trampas.

:

D. JUDAS.

Cuando él lo envíe, será  
 porque ya tendrá saldadas  
 esas cuentas, es decir,  
 que estará fuera de barra  
 sin temer puntas ni bajos,  
 y navegando en cien brazas.

DOÑA MARIA.

Bueno es saber todo eso;  
 porque hablando en confianza,  
 quien de buenas á primeras  
 viene pidiendo casaca,  
 en el tresillo de novios  
 son cinco estuches de entrada,  
 que es juego que nadie pierde.

D. JUDAS.

Mas los renuncios se pagan.

DOÑA MARIA.

Ese es el mal. ¿Pero cómo  
 tendré yo noticia exacta  
 de su venida?

D. JUDAS.

Es muy fácil;  
 pues estando ya avisada  
 bien podrá usted por la boyá  
 conocer donde está el ancla.  
 Con que me voy. *(Toma el sombrero.)*

(117)

DOÑA MARÍA.

Hasta luego.

D. JUDAS.

¿Y Adela?

DOÑA MARÍA.

Si usted la aguarda  
vendrá, que fue al tocador.

D. JUDAS.

No. No quiero: estará en banda  
todavía, y las mugeres  
me gustan aparejadas  
aunque soy viejo. Lo dicho. (Vase.)

DOÑA MARÍA.

Descuide usted.

## ESCENA IV.<sup>a</sup>

*Doña María y despues Inés.*

DOÑA MARÍA.

Pues no es nada (Observa si se ha ido.)  
lo que pide. ¡Qué yo calle!  
¡Yo que hablo con una estatua!  
¡Vamos, vamos, que don Judas  
olvidó que tengo naguas.  
¡Qué grosero! ¡Qué insolente!  
¡Querer taparle á una dama  
nada menos que la boca!

Vaya al diablo el muy bestiaza.  
¡Callar! ¿Qué es callar? Inés,  
Inés.

INÉS.

Allá voy. (Dentro.)

DOÑA MARIA.

¡Qué calma!

¡Jesus qué peso! Si estoy  
por ponerme á la ventana  
y contárselo al primero  
que pase. ¡Mas cómo tarda!  
Mejor será que.... (Se levanta.)

SALE INÉS.

Señora.

¿Qué ha ocurrido?

DOÑA MARIA.

Nada.

INÉS.

¿Nada?

Como gritaba usted tanto.

DOÑA MARIA.

¿Y la niña dónde anda?

INÉS.

Se está vistiendo.

DOÑA MARIA.

Pues dile....

No le digas. Que yo vaya

será mejor.

(*Vase.*)

## ESCENA V.<sup>a</sup>

INÉS.

Lleve el diablo  
si yo entiendo una palabra  
de este enredo. ¿A qué vendrán  
estos secretos del ama  
con su hija? Sabe Dios  
que á no hacerme tanta falta  
diera un dedo por saberlo  
ahora mismo. ¿Y quién aguarda  
cinco minutos ó seis  
á que el pelmazo se vaya  
de la madre? No señor.  
La cerradura, á Dios gracias,  
está convidando. Así  
voy de puntillas y... ¡Calla! (*ve á Pedro.*)  
¡Pedro tan pronto! Por cierto  
no creí yo.....

## ESCENA VI.<sup>a</sup>

*Inés y Pedro.*

PEDRO.

¿Estás en casa?

(120)

INÉS.

Y de ceremonia.

PEDRO.

Ya.

Como esperando embajadas.

INÉS.

Pues dí la tuya, y vivito  
marchate, no riña el ama  
si ve.....

PEDRO.

No es ella mñger  
que se asusta de fantasmas  
con esa facilidad.

INÉS.

En fin, vamos. ¿Que te tardas?

PEDRO.

Es que estoy viendo si acaso... (re-

INÉS. *gistrando.*)

Por Dios, Pedro, que estoy harta  
de tus misterios.

PEDRO.

¿No hay nadie  
que pueda.....?

INÉS.

Ni gatos. Habla.

PEDRO.

Pues, señor, has de saber

como desde anoche, gracias  
 á tu consejo, al corriente  
 estoy de cuanto importaba.  
 Don Luis tan solo ha venido  
 á Cádiz con la esperanza  
 de ver á una señorita  
 que aquí muy presto se aguarda  
 de..... no sé donde.

INÉS.

¿De veras?

¿Mas por qué?

PEDRO.

La cosa es clara.  
 Porque está loco por ella.

INÉS.

¿Con qué la quiere?

PEDRO.

¡Caramba

si la quiere!

INÉS.

Pero acaso  
 ya no la quiere.

PEDRO.

No es mala  
 conclusion. Anoche mismo  
 le escribió, por si llegaba  
 á buen tiempo, y por mas señas



yo eché al correo la carta.

INÉS.

¿Con sobre á ella?

PEDRO.

Sí.

INÉS.

Luego

tú sabes como se llama.

PEDRO.

Sí lo sé; mas no me acuerdo  
de su apellido.

INÉS.

Nos basta.

El caso es que quiere á otra,  
y llámese Pepa ó Juana  
es lo de menos. ¡Qué tal!  
¡El hombre de bien! Ya escampa.  
¡El de la formalidad!  
¡El juicioso! ¡Qué canalla  
son todos! Y dirán luego  
de las mugeres? ¿No hay nada  
mas?

PEDRO.

¿Y qué mas?

INÉS.

Sí, no es poco.

Pero... vete ya. ¿Qué aguardas? (*Mira  
adentro.*)

(123)

PEDRO.

Me voy. ¿Mas por qué tal prisa?

INÉS.

Es que ya sale mi ama  
del cuarto de su Adelita,  
y puede ser que....

PEDRO.

No haya  
miedo; pues antes que llegue  
estoy yo un tiro de bala  
de aquí. Con que á Dios.

INÉS.

A Dios.

PEDRO.

(La embrolla no va muy mala.) (*Ap.*)

(*Vase.*)

ESCENA VIIª.

*Adela é Inés.*

INÉS.

¿Y bien?

ADELA.

¡Lance original!

He sabido en este instante  
que debe llegar mi amante  
muy presto.

(124)

INÉS.

¡El amante! ¡Cuál?

ADELA.

¡Que pregunta!

INÉS.

¡Y hago mal?

ADELA.

El de Sevilla.

INÉS.

Famosa

idea; mas vuestra prosa  
ya es antigua algaravia,  
que amante y novio, en el día  
suelen ser distinta cosa.  
En fin, forzoso es pensar  
que hemos de hacer en tal caso.

ADELA.

Las circunstancias y el caso  
son quienes me han de guiar;  
aun hay tiempo, y á mal dar  
obre el ingenio despues,  
y si ayuda el arte, Inés,  
sucumbirá la razon,  
que si es calva la ocasion  
nunca es manco el interes.

INÉS.

Mas antes conviene.....

ADELA.

Ver

del otro las intenciones  
que en estas resoluciones  
vale el ardid de muger.

¿Y tú llegaste á saber  
algo de don Luis?

INÉS.

Ahora.

ADELA.

¿Y de buena fe enamora?

INÉS.

¿De buena fe? Dios la dé.

ADELA.

¿Mas tú qué supiste?

INÉS.

¿Qué?

Que es como todos, señora,  
que no ama, ni por asomo,  
que otra es su antiguo cariño,  
que ayer le escribió, y que el niño  
es maula de tomo y lomo.

Que ya no es dable (¿Ni cómo?)  
sujetar su corazon,

y que en aquesta ocasion  
de medio á medio la erramos,  
pues que pichon le juzgamos

cuando es palomo ladron.

ADELA.

¡Qué chasco! Mas aun no es tarde;  
por fortuna á tiempo estoy,  
y lo que puedo hacer hoy  
vano es que á mañana aguarde.  
Nada hay, pues, que me acobarde  
en lance tan oportuno.  
Así de entrambos, ninguno  
será presto mi amador;  
que no es mal juego en amor  
perder dos por ganar uno.

INÉS.

Con que usted piensa.....

ADELA.

Al momento

dejarlos, y esto es seguro;  
que si mas tardo, aventuro  
mi fama y mi casamiento.

INÉS.

¿Mas con cuál pretesto?

ADELA.

Ciento

hay siempre para acabar:  
y algo se ha de aventurar  
que en la malilla de amor  
es capote de favor

el quedarse sin casar.

INÉS.

Ya deseo la ocasion

de que lleguen.

ADELA.

Mas, espera. (*Ruido dentro.*)

¿Quién sube por la escalera  
con tal precipitacion?

INÉS.

Señorita, sí. Ellos son. (*Se asoma.*)

ADELA.

¿Quiénes?

INÉS.

Los dos.

ADELA.

Como soy,

que presto llegan.

INÉS.

¿Me voy?

ADELA.

Sí, vete y nada receles;  
pues ó quemo mis papeles,  
ó golpe seguro doy. (*Vase Inés.*) (*Adela se  
sienta.*)

ESCENA VIII.<sup>a</sup>

*Adela, Luis, Fermin con una carta.*

FERMIN.

No señor, que has de venir  
aquí conmigo.

LUIS.

¡Estás lelo!

FERMIN.

Y ha de ver su propia carta:  
y la he de decir.....

ADELA.

¡Qué es esto!

¡Qué alteracion! ¡Qué semblante!

¡Hay acaso.....?

FERMIN.

Nada bueno,  
y extraño mucho, señora.....

LUIS (*á Fermin.*)

Hombre, por Dios.

FERMIN.

Que á un sugeto  
como yo, así se le falte.

¡A qué vienen fingimientos?

Todo lo sé, y esta carta  
que acaso hallé en mi aposento  
caida, muy bien me muestra

de lo que es capaz un pecho  
femenil. ¿Con qué soy tonto?  
¿Con qué yo soy majadero?  
¿Yo.....?

ADELA.

¿Y bien?

FERMIN.

La frescura alabo.

¿Pues si tengo esos defectos?

¿Por qué me quiso?

ADELA.

¿Quién, yo?

En mi vida.

FERMIN.

Pues es bueno.

Vive Dios que me colgara  
de una viga. ¡A mí un desprecio!  
¡A mí una muger!

LUIS.

Fermin.

¿Y á tí qué te importa eso?

FERMIN.

No que será á tí.

LUIS.

Tampoco.

Pero como nunca un bledo  
te se ha dado de esas cosas



que tú apellidas babeos,  
pensé yo que....

FERMIN.

Mal pensado.

En fin, la broma y los juegos  
deja; pues en lance tal  
vienen muy fuera de tiempo.

LUIS.

Perdona, amigo, creí  
que obras ni mas ni menos  
como hablabas.

FERMIN.

(¡Qué lección!) (*Aparte.*)

LUIS.

Mas, pues me engaño, te ofrezco  
hacer porque aqueste error  
no sea fatal á tu afecto.

ADELA.

(¡A dónde vendrá á parar?  
Mas callar es lo mas cierto.) (*Ap.*)

LUIS.

Veo que quieres á Adela.

FERMIN.

¡Yo!

LUIS.

Sí, porque tienes celos  
y esa es señal que no falla.

FERMIN.

Que la quise no te niego;

pero.....

LUIS.

Silencio y escucha.

Adelita, yo confieso  
que obré mal: nunca debí  
atentar á los derechos  
de un amigo. Así es forzoso  
que ambos castiguen mi yerro.  
Hágase la paz, y pues  
yo por mi parte ya cedo,  
cedamos todos, y acaben  
de una vez esos muñecos.

¿No es verdad Adela? (*Silencio.*)

FERMIN.

¿Ves?

LUIS.

Dice un español proverbio:  
que el que calla es porque otorga.  
Pues señor, esto está hecho.  
Llega tú, que aquestos son  
los privilegios del sexo.

FERMIN.

Mas si yo tengo razon  
¿por qué he de ceder?

LUIS.

Lo entiendo.

Pero no basta ser justo,  
es forzoso parecerlo,  
y quizá tú aunque lo ignores  
habrás dado fundamento  
de sospecha. Son las damas  
quisquillosas en extremo  
por lo regular, y á veces  
el rencor hace su efecto;  
mas no dura, que el amor  
sabe perdonar muy presto.

FERMIN.

¡Pues qué.... un hombre como yo  
se ha de humillar!

LUIS.

¿Y qué medio?

FERMIN.

Pero....

LUIS.

Las faldas no humillan.

FERMIN.

Pues tú lo quieres, me acerco.  
Adelita ya ve usted  
como yo al cabo..... (No acierto  
que decirle) sus injurias  
supe olvidar, y pues esto

es de cariño tal prueba,  
exijo que por lo menos  
se me diga, qué motivo  
pudo dar pie á tanto yerro.

No busco culpa: no Adela.

Busco sí arrepentimiento.

¡Pero qué! ¿Usted el semblante  
vuelve? ¿Usted el rostro bello  
oculta de mí? ¿Se aflige?

LUIS.

(Bien, por Dios). (*Aparte.*)

FERMIN.

¿Y será cierto? (*Se arrodilla.*)

¿De ese corazon, por dicha  
aun no he perdido el afecto?

¿Podré esperar?

ADELA.

Ah, ah, ah. (*Se rie.*)

Parece está usted haciendo  
algun paso de comedia. (*Ad. se levanta.*)

FERMIN.

¡Señorita.....! ¡Yo!

LUIS.

Hecho un yelo  
se quedó. ¡Qué humillacion!  
¡Qué ceguedad! ¡Y qué ejemplo  
para el que á todas desprecia! (*Ap.*)

(134)

FERMIN. ¡Está oñirao!

Mas.....

ADELA. sup. supib.

Fermin, bromas dejemos  
á un lado. Si hoy por fortuna  
á su buen humor me presto;  
mañana tal vez..... (*Fermin se levanta.*)

FERMIN.

¿Pues qué?

¿Lo ha tomado acaso á juego?

ADELA.

¿Y cómo lo he de tomar?

FERMIN.

¿Con qué usted por lo que veo,  
no me quiere?

ADELA. *Triste*

No señor.

FERMIN.

¿Ni jamas me quiso?

ADELA.

Menos.

FERMIN.

¿Ni nunca fuera feliz  
á mi lado?

ADELA. *Triste*

¿Ni por pienso?

Fermin, lo propio que dije

en mi carta, eso sostengo  
y sostendré. Quien se juzga  
de los corazones dueño  
solo con una mirada:  
quien humilla al bello sexo  
sin distincion; y quien halla  
milagros en el desprecio;  
solo este merece. Usted  
júzguese su propio pleito.  
Y advierta de hoy para siempre,  
que las mugeres, durmiendo  
saben mucho mas que el hombre  
aunque esté muy bien despierto.  
Que si quieren engañarle,  
lo harán, sin otro remedio.  
Que con ellas, la esperiencia  
vale poco; pues es cierto  
no se hallarán en la tierra  
dos iguales, y sabemos  
que el conocer y juzgar  
los corazones, es cuento.  
Si esta leccion aprovecha;  
si escarmienta en propio yerro  
tanto mejor para usted.  
En cuanto á mí.....

LUIS.

¡Mas qué es esto!

¿Acaso habla usted de veras?

ADELA.

Y tan de veras, que es tiempo  
de que le toque la suya.

LUIS.

¡A mí!

ADELA.

¿Pues no?

FERMIN.

¿Estoy despierto? (*Ap.*)

Por Dios no sé que me pasa.

ADELA.

Señor don Luis, no quiero  
recordarle su conducta  
hasta aquí. Nadie un defecto,  
nadie en usted una tacha  
pudiera hallar.

LUIS.

Yo agradezco.....

ADELA.

Le suplico que reserve  
esas gracias para luego.  
¡Pero cuánto se engañaba  
quién así juzgó! Encubierto  
bajo apariencia tan dulce  
se hallaba sutil veneno.  
Fingiendo pasión, ternezas,

simulando amor y celos,  
tendisteis la red, que á dicha  
supe yo evitar á tiempo.

¿No es esto verdad, Luis?

Diga usted si con efecto

no ama á otra. Si ayer mismo

no le escribió. Si su objeto

no es el unirse con ella.

En fin, hable usted.

LUIS.

No acierto..... (*Fingiendo turbacion.*)

Señorita..... yo..... es verdad

que..... si..... Todo va saliendo (*Ap.*)

como esperaba.

ADELA.

No mas,

que esto es suficiente.

FERMIN.

¿Pero

no hemos de saber....?

ADELA.

Si tal.

Por mi parte esto es resuelto.

Usted, señor don Luis,

busque otra tonta (que á cientos

las hallará) y á su salvo

pruebe en ella sus enredos;



sus novelescas pasiones,  
aquellos fingidos celos,  
y aquel amor, que no há mucho  
pintaba con tanto fuego.

LUIS.

Con que esto quiere decir.....

ADELA.

Que hemos concluido.

LUIS.

(Bueno). (*Aparte.*)

ADELA.

Y en cuanto á usted don Fermin,  
con repetir me contento  
lo que hace poco dije,  
pues tanto vale, y valemos  
tan poco, hallará de sobra  
quien sujete el dócil cuello  
á su amor, si es que se digna  
elevation á tanto puesto;  
pero por lo que á mí toca,  
su presuncion, sus defectos  
son tales, que no es posible  
disimularlos. Por eso  
ni le he querido en mi vida,  
ni le querré, ni le quiero.  
Creo haber dicho bastante.

FERMIN.

No señora, ni por pienso.  
¿Cómo ha de bastar? Mi honor  
está ultrajado, y pretendo  
aclarar este negocio  
á todo trance.

ADELA.

¿Y qué medio?

FERMIN.

¿Qué medio? Usted lo verá.

¿No sabe acaso que tengo  
en mi mano la venganza?

¿No sabe que soy....?

LUIS.

Silencio (*A Fermin.*)

por Dios. (Él va á descubrirse (*Ap.*)  
y aun no debe).

ADELA.

¿Qué misterio  
es ese? Por fin sepamos.

FERMIN.

Si señora. Lo sabremos  
puesto que usted lo desea.

LUIS.

(Y aun no viene.) (*Mirando ácia  
fuera.*) (*Aparte.*)

FERMIN.

Yo..... No quiero (*Le tira de callar, que ya de la manta la casaca.*)  
tiró el diablo, y.....

LUIS.

Mas..... (*A Fermin.*)

FERMIN.

Ni atiendo,  
ni quiero oir.

LUIS.

(*¿Y qué haré? (Aparte.)*)  
mas me ocurre un pensamiento).  
Es muy extraño Fermin,  
que con tono tan grosero  
te atrevas así á faltar  
de una dama á los respetos.  
Si crees porque está sola  
que impunemente has de hacerlo;  
si con esas amenazas,  
si con gritos descompuestos  
juzgas vindicar tu honor  
mucho te engañas. No veo  
ya en ella á quien me desaira,  
no escucho el resentimiento,  
solo sí en aqueste instante  
me acuerdo, soy caballero,  
y como tal no me agrada,

ni en mi presencia consiento  
que se ultraje á una señora.

FERMIN.

¿Y á tí quién para este entierro  
te dió vela? Un mal amigo,  
un hombre á quien yo hice dueño  
de toda mi confianza,  
que de ella abusa ¿es por cierto  
quien se atreve á echarme en cara  
mi proceder?

LUIS.

Te lo echo.

Si señor.

FERMIN.

Pues yo no sufro..... (*Gritos.*)

LUIS.

Yo tampoco.

ADELA.

¡Santos cielos!

¡Pues cómo! Por Dios señores.....

LUIS.

Está muy bien. En saliendo (*van*  
se verá. *á la puerta.*)

FERMIN.

Cuando tú gustes.

ADELA.

(Mal golpe fuera por cierto. (*Ap.*))

Valga el arte). Ay que me dá.

Mamá. (*Se deja caer en una silla.*)

LUIS.

Adelita.

## ESCENA IX.<sup>a</sup>

*Dichos y doña María.*

DOÑA MARIA.

¡Qué es esto!

¡Qué alboroto! ¡Qué algazara!

LUIS.

Señora.....

DOÑA MARIA.

¡Mas qué estoy viendo!

Mi niña. ¡Válgame Dios!

¡Pero ustedes que le han hecho?

FERMIN.

Yo nada.

LUIS.

Ni yo tampoco.

DOÑA MARIA.

¡Pues á qué habrá sido ello?

Vamos, sin duda será

porque como hoy hubo truenos.

LUIS.

Los truenos fueron, no hay duda.

¡Pobre Adela!

FERMIN.

(Para el perro (Ap.)

que se fiara.)

DOÑA MARIA.

Ay Jesus.

Inés.

ESCENA X.<sup>a</sup>

*Dichos é Inés.*

INÉS.

Señora.

DOÑA MARIA.

Corriendo

traeme aquí el Pericon,  
y mientras yo le hago fresco, (*Se va y*  
*aflójale tú el corsé, vuelve con el abanico.*)  
dale agua. ¡Qué desconsuelo!  
Que se me muere mi hija,  
que se me muere.

ESCENA XI.<sup>a</sup>

*Dichos y don Judas con un paquete en*  
*la mano.*

DON JUDAS.

Laus Deo.

LUIS.

(Mi tío, salí de afan.) (Ap.)

D. JUDAS.

Señoras felice dia. (*Deja el paquete.*)

¿Mas qué es esto? ¿Hay avería?

DOÑA MARIA.

Si señor.

D. JUDAS.

Voto á San.

DOÑA MARIA.

Sóstenla tú. (*A Inés.*)

INÉS.

No se cae.

DOÑA MARIA.

Inés, traele aquello.....

INÉS.

¿Cuál?

DOÑA MARIA.

Aquello que huele mal.

D. JUDAS.

Cuenta con lo que se trae.

LUIS.

¿El eter?

DOÑA MARIA.

Sí.

INÉS.

Se ha acabado.

(145)

DOÑA MARIA.

¡Qué descuido! En nada estan.

D. JUDAS.

Como haya en casa alquitran,  
ese es remedio probado.

DOÑA MARIA.

¿Y vinagrillo?

INÉS.

Ha de haber.

DOÑA MARÍA.

Pues mira si en mis cajones  
está el de siete ladrones. (*Vase Inés.*)

FERMIN.

(Los de Ecija habian de ser.) (*Ap.*)

DOÑA MARÍA.

Ay, si se me morirá.

Don Judas, si usted supiera  
medicina.

D. JUDAS.

Bien pudiera,  
porque he leído á Le Rua.

DOÑA MARÍA.

¿Y allí no hay cosa que valga  
para esto?

D. JUDAS.

Darle al contado  
la purga del primer grado,



y salga por donde salga.

INÉS.

Aquí está ya. (*Vuelve Inés con un frasco.*)

DOÑA MARÍA.

¿Y bien, qué hacemos?

D. JUDAS.

No arriar en banda el tapon.

INÉS.

Descuide usted.

LUIS.

(¿Qué ficción!) (*Aparte.*)

DOÑA MARÍA.

¿Le hará daño?

D. JUDAS.

Allá veremos.

DOÑA MARÍA.

¿Qué se decide por fin?

D. JUDAS.

Yo creo la han de aliviar  
ayudas de agua del mar.

¿No os parece bien, Fermin?

FERMIN.

(A ver como no revienta.) (*Ap.*)

¿Mas yo qué sé?

INÉS.

Por san Pablo.

(147)

FERMIN.

Traíganle un doctor ó un diablo.

D. JUDAS.

Lo mismo es ocho que ochenta.

LUIS.

(¡Qué tardar!) Tio. (*Ap.*) (*Bajo á don*

D. JUDAS. *Judas.*)

¿Qué quieres?

LUIS.

¿Está todo?

D. JUDAS.

Todo está.

LUIS.

Al caso pues.

D. JUDAS.

Allá va.

Posible es que las mugeres (*Alto.*)  
siempre y en todo han de errar,  
irse á poner mala el día  
que yo el novio le traía  
es cosa particular.

DOÑA MARÍA.

¡El novio!

FERMIN.

¡Su novio!

D. JUDAS.

Cierto.

:

FERMIN.

¿Pero quién es?

LUIS.

Calla ahora. (*A Fermin bajo.*)

DOÑA MARÍA.

¿Y está en Cádiz?

D. JUDAS.

No señora.

FERMIN.

(¿Es sueño ó estoy despierto!) (*Ap.*)

DOÑA MARÍA.

¿Mas cómo, si aun no ha llegado,  
puede usted traerle acá?

INÉS.

Señorita, oye usted. (*Al oído á Adela.*)

ADELA.

¡Ah!

INÉS.

Ya vuelve.

LUIS.

¿Se le ha pasado?

ADELA.

¿Dónde estoy?

D. JUDAS.

En una silla.

ADELA.

¿Y ellos?

(149)

INÉS.

Solo fue una chanza.

ADELA.

¿Se mataron?

D. JUDAS.

Qué! ¿Hay matanza?

Pues acoto una morcilla.

INÉS.

Delira.

D. JUDAS.

Entonces no hay trato.

DOÑA MARÍA.

¿Qué sientes?

ADELA.

Mucha opresion,

mas ya se pasa.

D. JUDAS.

Es pensión.

DOÑA MARÍA.

¡Oh! Sus nervios y mi flato  
á ambas nos sacan de quicio.

Gracias que hoy volvió al momento.

D. JUDAS.

Si esa voz de casamiento  
es la trompeta del juicio.

DOÑA MARÍA.

Al caso.

(150)

D. JUDAS.

Por el vapor  
recibí há pocos instantes  
los papeles de que antes  
hablé ya á usted.

DOÑA MARÍA.

Si señor.

FERMIN.

¿Mas Luis.....? (*A Luis.*)

LUIS.

Chito, y destierra (*A Fermin.*)  
todo cuidado.

FERMIN.

(*Estoy loco.*) (*Aparte.*)

D. JUDAS.

Hice rumbo aquí, y á poco  
eché el cargamento en tierra.

DOÑA MARÍA.

Pero bien, doy de barato  
que esté ya arreglado eso.  
¿Él viene?

D. JUDAS.

No en carne y hueso;  
pero traigo su retrato.

ADELA.

¡Su retrato!

(151)

DOÑA MARÍA.

Con que al fin..... (*A don Judas.*)

D. JUDAS.

Ya el asunto es decidido. (*A doña*

FERMIN. *María.*)

¿Mas qué es esto?

DOÑA MARIA.

Que marido  
tiene mi hija, don Fermin.

D. JUDAS.

Tome usted. (*Da el retrato á Ad.*)

DOÑA MARIA.

Sí, que á ella toca  
juzgar si es bonito ó feo.  
Inés, mis gafas.

ADELA.

¿Qué veo! (*Mirando el retrato.*)

¡Dios mio!

DOÑA MARIA.

¿Niña, estás loca?

ADELA.

Es el señor. (*Señalando á don Fermin.*)

DOÑA MARIA.

¡Cómo!

D. JUDAS.

Sí.

(152)

LUIS.

¿Estás? (*Bajo á Fermin.*)

FERMIN.

Ya todo adivino.

DOÑA MARIA.

Con que usted es.....

FERMIN.

El sobrino

de don Judas.

ADELA.

¡Y que á mí  
tal me suceda! ¡Qué rabia!  
¡Qué vergüenza!

DOÑA MARIA.

En conclusion

¿á qué vino esa ficcion?

¿Hubo causa?

LUIS.

Una y muy sábia.

En bien que tan cerca toca  
como la propia ventura,  
la reflexion mas madura  
á veces suele ser poca,  
y ni es esposa constante  
quien veleta un tiempo ha sido,  
ni nunca es feliz marido  
quien no fue dichoso amante.

Si tal logró, él lo decida  
puesto que es su novio.

DOÑA MARIA.

Y bien,  
él sé casará.

D. JUDAS.

Sí.

FERMIN.

¡Quién!

¡Yo con Adela! En mi vida.  
No fuera mala locura.

DOÑA MARIA.

Bueno está. ¿Y el compromiso?

FERMIN.

Se acabó, pues ella quiso.

ADELA.

¿Qué dirán?

D. JUDAS.

Que quien procura  
tener novios á montones,  
este fruto ha de coger.

DOÑA MARIA.

¿Mas yo qué habia de hacer?

D. JUDAS.

Zafarrancho de moscones.

Que el que con buena bandera  
viene á quererse casar,



si ve corsario en la mar  
toma la vuelta de afuera.

DOÑA MARIA.

Yo no sé lo que me pasa.

FERMIN.

Luis, primo, mi ceguedad  
perdona.

LUIS.

De mi amistad  
es deuda. Vuelve á tu casa,  
vuelve á Sevilla, y allí  
curate de tu manía,  
acordándote que un dia  
nada valiste por tí.  
Busca esposa amante y fiel,  
que ese es el mayor tesoro;  
mas no esperes hallar oro  
si vas en pos de oropel.  
Haz debida distincion,  
y al bello sexo respeta,  
que aunque haya mucha coqueta  
muchas hay que no lo son.  
En fin, júzgate de hoy mas,  
cual los otros, que va errado  
quien piensa será apreciado  
si desprecia á los demas.  
Y usted Adela, que ha sido

víctima de tal contienda  
cambie de norte; y la enmienda  
le hará ganar lo perdido.

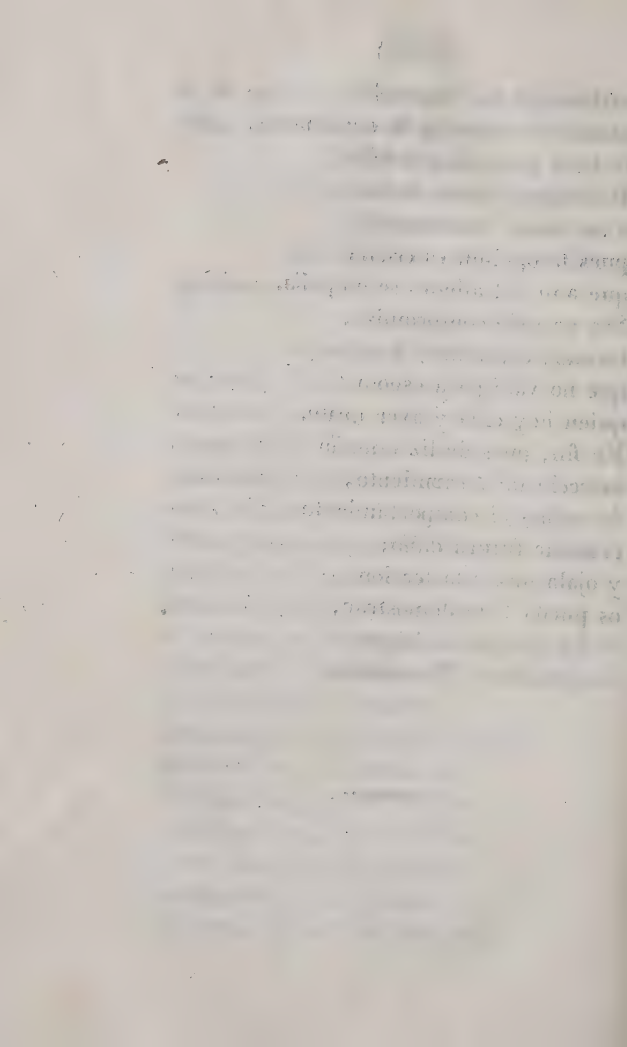
Reflexione cuanto daña  
á su honor conducta tal;  
pues la opinion es cristal  
que aun del aliento se empaña.

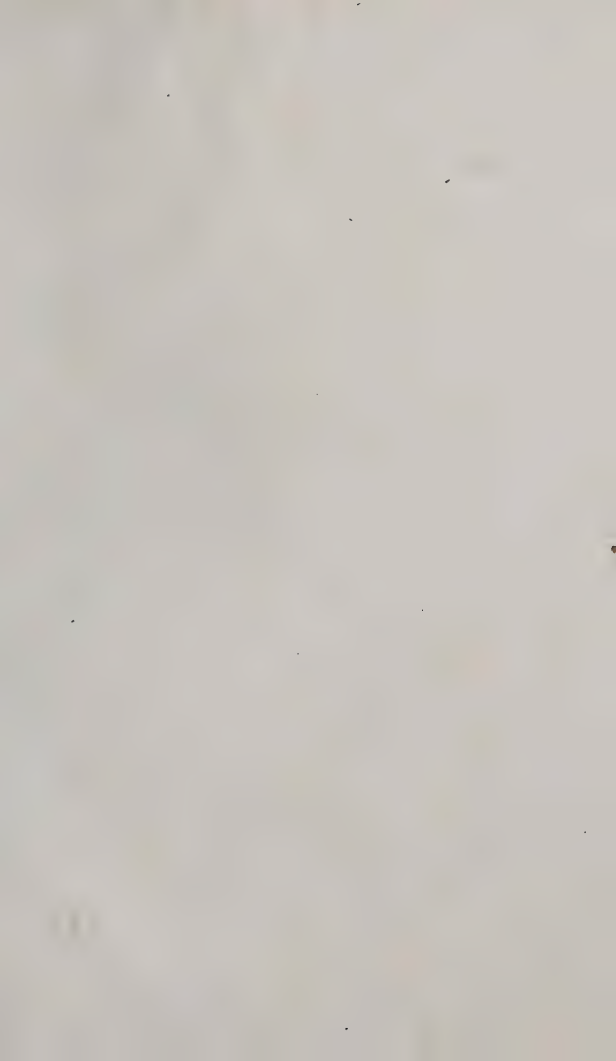
Sea en todo compromiso,  
formal, constante, amorosa,  
que no vale para esposa  
quien hoy ódia y ayer quiso.

En fin, pues deslíz tamaño  
mereció tal escarmiento,  
de ambos el comportamiento  
remedie futuro daño;

y ojala que esta leccion  
os pueda bien demostrar,  
el fin que suelen lograr  
Coquetismo y Presuncion.

---











**THE LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF  
NORTH CAROLINA  
AT CHAPEL HILL**



**RARE BOOK COLLECTION**

Presented by  
Katherine McKnight

PQ6523  
.F39  
C6  
1831





10

03







